

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

SEIS CADAVERES EN POTENCIA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

431 — Noches de amor eterno, *Lou Carrigan*.
432 — Madame Guillotin, *Frank Caudett*.
433 — Cita en el invernadero, *Lou Carrigan*.
434 — Estudio en negro, *Curtis Garland*.
435 — Un diablo bajo la alfombra, *Clark Carrados*.

JOSEPH BERNA

SEIS CADAVERES EN POTENCIA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 436
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.198 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Mientras conducía su Ford por aquella solitaria carretera del estado de Oregon, jalonada de árboles, Kevin Morris no podía dejar de pensar en la absurda razón de su viaje a Jonesville.

Absurda, sí, porque Kevin Morris, de veintiocho años de edad, alto, moreno, de atlética complexión y facciones simpáticas, no conocía de nada a Raymond Jenner, el hombre que le había nombrado heredero en su testamento.

Eso, al menos, aseguraba en su carta Dennis O'Brien, el abogado de Raymond Jenner. Carta que Kevin Morris llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta y que había leído una y otra vez, antes de decidirse a emprender el viaje.

Debía tratarse de un error.

O de una broma pesada.

Kevin lo sabría en cuanto llegase a la casa de Raymond Jenner, que se hallaba a unos cinco kilómetros de Jonesville. Allí lo había citado el abogado.

Si se trataba de un error, Kevin sabría disculparlo; pero como fuese una broma, le iba a partir las narices a alguien.

Bromitas de ésas a él, no.

De pronto, al tomar una curva, Kevin Morris descubrió un coche parado en la carretera. Se trataba de un pequeño descapotable rojo, y junto a él, de pie, se veía a una muchacha de pelo rubio, bonita de cara y con una figura esbelta y bien formada.

La chica se alegró visiblemente al ver aparecer el Ford de Kevin Morris, y agitó los brazos, para que el coche se detuviera

Kevin paró su automóvil detrás del pequeño descapotable rojo y se apeó, para ver qué le sucedía a la muchacha rubia, que aparentaba unos veinticuatro años y vestía un ceñido pantalón, color crema, y una blusa estampada.

Ella se le acercó, con una suave sonrisa en los labios, carnosos y recubiertos de un brillo húmedo.

—Gracias por detenerse, señor...

—Morris; Kevin Morris —se presentó el joven, tendiendo su diestra a la chica.

Ella se la estrechó.

—Yo me llamo Angela; Angela Erwin.

—¿Tiene algún problema, Angela?

—Mi coche se paró, y no consigo hacerlo arrancar.

—Echaré un vistazo al motor.

—Le quedaré muy agradecida, señor Morris.

—Olvide lo de señor Morris, ¿quiere? Mis amigos me llaman Kevin.

—Es que usted y yo no somos amigos...

—¿Insinúa que somos enemigos?

Angela Erwin rió cantarinamente.

—Por supuesto que no. Lo que quiero decir es que no nos conocemos.

—No nos conocíamos, pero ya nos conocemos, puesto que nos hemos presentado. Usted es Angela y yo soy Kevin. Y desde este momento somos amigos. Dos buenos amigos.

—No lo diga con esa sonrisa de ligón, o me pondré en guardia.

—Ligar con usted sería maravilloso, Angela.

—Primero tendrá que ligar con mi coche.

—¿Qué?

—Si logra ponerlo en marcha, tal vez me deje ligar.

—Con una promesa así, soy capaz de poner en marcha una locomotora del siglo pasado.

—¡Eh!, que yo no he prometido nada. Sólo dije «tal vez».

—Es suficiente. Del resto ya me encargaré yo.

—Un conquistador, ¿eh?

—De los más expertos.

—Tendré que andarme con cuidado, pues.

—No le servirá de nada, caerá igualmente rendida en mis brazos.

—Ni que fuera usted Robert Redford...

—Una cosa así, pero en moreno.

Angela Erwin volvió a reír alegremente.

—No es usted ni la mitad de guapo que él.

—Pero soy el doble de simpático. ¿O no...?

—No tengo la suerte de conocer personalmente a Robert Redford, pero tengo que admitir que es usted un tipo muy simpático.

—Y un buen mecánico, también. Se lo voy a demostrar.

—Ya tarda.

—Calma, no sea impaciente —rió Kevin Morris, y fue hacia el motor del pequeño descapotable.

Levantó el capó y dio una rápida ojeada.

Angela Erwin, de nuevo a su lado, miró también el motor.

—¿Qué? ¿Sabe ya dónde está la avería?

—¡Por supuesto!

—¿En serio? —se sorprendió la muchacha.

—Le dije que era un buen mecánico, ¿no?

—Sí, pero yo creí que lo decía en broma. Dijo usted tantas tonterías...

—Así que le parecieron tonterías, ¿eh? —fingió molestarse Kevin.

Angela lo cogió del brazo, con suavidad.

—No se enfade, Kevin.

—Sí, sí que me enfado, porque decir tonterías es de tontos, y a mí no me gusta que me llamen tonto.

—Le ruego que me disculpe, Kevin.

—Tendrá que disculparse con un beso.

Angela Erwin sonrió.

—Una buena prueba de que no es usted tonto.
—Si no hay beso, no hay reparación de avería.
—Chantajista.
—Así aprenderá a no llamar tonto a nadie.
—De acuerdo, tipo listo —accedió la joven, y besó en los labios a Kevin, aunque muy fugazmente.
—Esto no ha sido un beso, sino un pequeño anticipo a cuenta de un beso —protestó Morris.
—No me venga con historias.
—Me ha dejado con la miel en los labios, de verdad.
—Así los tendrá más dulces. Vamos, repare la avería de una vez.
—No lo haré si no me promete que, cuando lo haya hecho, me dará un beso como Dios manda.
—Dios no manda dar besos, embustero.
—El Señor quiere que hagamos el amor, no la guerra.
—¿Acaso he dicho yo que nos traslademos a Oriente Medio?
Kevin Morris rió el chiste de la muchacha.
—Eso ha estado muy bueno, Angela.
—¿Me arregla el coche o no?
—En cuanto prometa que me dará un beso que me dejará sin respiración.
—A ver si se muere...
—Ese será mi problema.
—Tiene usted más cara que un elefante con escafandra.
—¿Acepta o no?
—Qué remedio... —suspiró Angela Erwin.
Kevin se despojó de la chaqueta.
—Téngame esto, Angela.
—¿Es seria la avería, Kevin?
—Yo, desde luego, no la he oído reír.
La carcajada de Angela Erwin brotó instantánea.
—¡Ese chiste ha sido mejor que el mío, Kevin!
—Es evidente que los dos tenemos sentido del humor —rió también Morris.
—Ahora responda en serio a mi pregunta, Kevin. ¿Es importante la avería?
—No, tranquilícese. Esto está chupado.
—Como se ha quitado la chaqueta...
—Por si tengo que pegarme con alguien.
La joven volvió a reír.
—Con usted no se puede, Kevin.
Morris se inclinó sobre el motor del coche y empezó a trabajar con la avería.
—¿Vive usted en Jonesville, Angela?
—No, soy de Portland. Me dirijo a Jonesville porque alguien que vive allí me ha nombrado heredera en su testamento —explicó la muchacha.

Kevin Morris se irguió tan bruscamente que se arreó duro con el capó.

—¡Ay! —gritó, agarrándose la cabeza.

—¡Dios mío, Kevin! —exclamó Angela Erwin—, ¿Qué le ha pasado...?

—¡Que me he dado contra el maldito capó! ¿Es que no lo ha visto?

—El que no lo ha visto es usted. Si lo hubiera visto, no se hubiera dado contra él.

—¡Yo no tengo ojos en la nuca! ¿Usted sí?

—Cálmese, Kevin.

—¿Cómo quiere que me calme, con lo que me duele el cráneo? —barbotó Kevin, que no retiraba las manos de su cabeza.

—Déjeme que vea lo que se ha hecho.

—¡Un chichón tan grande como una maceta, eso es lo que me he hecho!

—Agáchese y quite las manos,

Morris obedeció, sin dejar de gruñir.

Angela le observó la considerable protuberancia craneal.

—Tiene usted razón. Kevin. Sólo le falta el geranio.

—¿Cómo?

—¿No dijo usted que se había hecho un chichón tan grande como una maceta...? Pues de eso tiene forma, de maceta.

—¡Lo del geranio no ha tenido ninguna gracia!

—Lo siento, lo dije sin pensar —se disculpó Angela, conteniendo a duras penas la risa.

—Maldita sea —gruñó Kevin, tocándose de nuevo el bulto que le había salido en la testa.

—¿Por qué se irguió tan bruscamente. Kevin?

—Los dos vamos a Jonesville por lo mismo. Angela.

—¿De veras?

—Sí, también a mí me ha nombrado heredero en su testamento alguien que vive allí.

—¿Un tal Raymond Jenner...?

—Exacto.

—¡Qué casualidad! Es el mismo que me ha nombrado a mí.

—¿Lo conoce usted, Angela?

—¿A Raymond Jenner?

—Sí.

La joven sacudió la cabeza.

—No sé quién es, Kevin. Ni siquiera he oído hablar de él.

—Lo mismo me ocurre a mí.

—¿Por qué nos ha nombrado herederos, pues?

—No tengo ni idea.

—Es muy extraño, ¿verdad, Kevin?

—Y tan extraño. Yo pienso que se trata de un error. O de una broma de mal gusto.

—¿Usted cree?

—Sí, estoy convencido de ello. No es lógico que uno sea nombrado heredero por alguien a quien ni siquiera conoce. Es totalmente absurdo. Angela.

—Estoy de acuerdo con usted, Kevin^ Sin embargo, no creo que se trate de una broma o de un error. La cosa debe tener una explicación, que nosotros, por ahora, ignoramos. De ahí que nos parezca tan extraño.

—Bien, no tardaremos en salir de dudas, pues estamos cerca de Jonesville. A unos quince kilómetros. En la casa del misterioso Raymond Jenner nos espera Dennis O'Brien, su abogado. El nos lo explicará todo.

—Seguro que sí.

—Volveré con la avería —rezongó Morris.

—¿Le sigue doliendo el chichón. Kevin?

—Doliendo y creciendo. Cada vez abulta más.

—Si tuviera un poco de agua...

—Plantaría el geranio, ¿no?

Angela Erwin se echó a reír.

—No quiero el agua para plantar flores en su «maceta», sino para que ésta no siga creciendo. ¿No ha oído que es bueno mojar un chichón, cuando uno se lo acaba de hacer?

—Sí, mi abuela lo decía —masculló Kevin.

—Lo único que puedo hacer es aplicarle un poco de saliva.

—Cochinaditas no, gracias.

—Soy una chica sana, Kevin.

—No lo dudo.

—¿Por qué le da asco, entonces, que yo...?

—¿Quién ha dicho que me dé asco?

—Dijo que aplicarle saliva en el chichón es una cochinada.

—Lo dije en diminutivo.

—Para el caso es lo mismo.

—No se enfade, Angela. Yo me refería al hecho de aplicar saliva en el chichón, y lo mismo da que sea su saliva o la mía. No me gusta, ¿entiende?

—¿No se ha chupado nunca el dedo?

—¿Me está llamando tonto otra vez?

—Después de pillárselo con un martillo, me refiero.

—¡Ah!, bueno. Sí, claro que me he chupado el dedo, cuando me he arreado un martillazo.

—Pues es lo mismo, Kevin.

—No lo es, porque el dedo no tiene pelos.

—Váyase al diablo.

Kevin rió.

—Está bien, permitiré que me aplique saliva en el chichón.

—Ahora se la aplicará su abuela.

—Debe tener la boca muy seca, la pobre. Lleva doce años enterrada...

Angela Erwin no pudo reprimir una sonrisa, pese a que lo intentó con todas

sus fuerzas.

—Es usted incorregible, Kevin.

—¿Quiere atenderme el chichón o no?

—Lo haré, aunque no se lo merece.

—Le estoy arreglando el coche, ¿no?

—Porque le prometí que le daría un beso enorme, que si no...

—Se lo arreglaría de todas formas, y usted lo sabe. —Lo tendré en cuenta a la hora de pagar la «factura» —aseguró la joven, sonriendo.

—No puede volverse atrás, prometió que me daría un beso de película.

—Agache el melón, ¿quiere?

Kevin Morris inclinó la cabeza, para que Angela Erwin le humedeciera el chichón con saliva.

La muchacha lo hizo.

Kevin emitió un gemido.

—Con cuidado, Angela, que me hace daño.

—No sea quejica.

—Me duele mucho, de verdad.

—Esto le aliviará, ya verá.

—¿Su saliva tiene propiedades curativas?

—No, pero como se la aplico con tan buena intención...

—Ya.

—Listo, Kevin.

Este irguió la cabeza.

—Gracias, Angela.

—No hay de qué. Y ahora, arrégleme el coche.

—En seguida —sonrió Kevin, y reanudó su tarea.

CAPITULO II

Pocos minutos después, Kevin Morris se erguía, con las manos manchadas de grasa.

—Esto ya está.

Angela Erwin dio un respingo ele alegría.

—¿Arrancará mi coche ahora, Kevin?

—¡Seguro! Pruebe y verá.

—Tenga su chaqueta.

—No puedo cogerla, tengo las manos sucias.

—Oh, es verdad.

—Déjela en el asiento. Ya la cogeré cuando me haya limpiado.

Angela lo hizo así y luego se sentó al volante. Apenas accionó el contacto, el motor empezó a rugir.

—¡Funciona, Kevin! —exclamó, jubilosa.

—¿No se lo dije?

—¡Es usted un mecánico de primera!

—Así tiene que ser también el beso que me prometió: de primera.

—Tenía la esperanza de que se hubiera olvidado.

—¡Imposible!

—Está bien, se lo daré. Lo prometido es deuda.

—Salga del coche.

—Para abrazarme mientras le beso, ¿no?

—Exacto.

—Antes tendrá que limpiarse las manos. No quiero qué me manche la blusa de grasa.

—Llevo un trapo en el maletero de mi coche. Voy por él.

—Le espero, Kevin.

Morris fue en busca del trapo.

Angela Erwin salió del coche con rapidez, bajó el capó, y volvió a sentarse al volante.

—¡Adiós, Kevin!

Morris respingó.

—¡Angela!

—¡Nos veremos en la casa de Raymond Jenner!

—¡No puede hacerme esto!

—¿Quién ha dicho que no?

—¡Le he arreglado el coche!

—¡Y yo le curé el chichón! ¡Estamos en paz, Kevin!

—¡No me lo curó, me sigue doliendo!

—¡Pero dejó de crecer!

—¡Claro, como que es un chichón, ¡no una palmera! Angela Erwin rió divertidamente.

—¡Hasta la vista, Kevin!

—¡Me prometió un beso, Angela!

—¡Ahí va! —respondió la joven, y se lo lanzó al aire.

—¡Así no vale!

—¡Más vale un beso en el aire que nada!

—¡Traidora!

—¡Chao, simpático!

—¡Cuando la coja se va a acordar de mí, se lo juro! Angela Erwin rió de nuevo y puso el coche en movimiento.

El pequeño descapotable salió disparado.

—¡Eh, que se lleva mi chaqueta! —rugió Kevin Morris, dando un brinco.

Angela no le oyó.

O hizo como que no le oía, una de dos.

El caso es que el pequeño coche rojo siguió alejándose a gran velocidad.

Kevin, furioso, se limpió las manos con rapidez, montó en su coche y puso el motor en marcha sin perder un segundo.

El Ford rugió como una fiera hambrienta y partió como una exhalación, amenazando con arrollar todo lo que se le pusiera por delante.

El descapotable rojo había desaparecido, pero no tardó en aparecer gracias a la vertiginosa velocidad que desarrollaba el coche del burlado Kevin Morris.

Angela Erwin lo vio surgir, por el espejo retrovisor, y sonrió.

No aumentó la velocidad de su descapotable.

Deseaba que el coche de Kevin acortase las distancias.

Segundos después, el Ford le daba alcance.

Kevin exhibió una sonrisa de triunfo y se dispuso a adelantar al descapotable de Angela.

En aquel preciso instante, la astuta muchacha pisó el acelerador a fondo y su pequeño pero velocísimo coche dejó atrás de manera espectacular al Ford de Kevin.

Los dientes del joven rechinaron.

—¡Maldita! —barbotó, rabioso, porque su coche ya no podía dar más de sí.

Si lo forzaba un pelo más, se exponía a quedarse sin coche.

Por eso no lo intentó.

El descapotable rojo siguió aumentando la distancia y volvió a perderse de vista.

Kevin Morris, resignado, aminoró la velocidad.

Era inútil continuar la persecución, no tenía la menor posibilidad de alcanzar el descapotable de Angela Erwin.

Ya la pillaría en la casa de Raymond Jenner, y entonces...

* * *

Angela Erwin entró en Jonesville, a mucha menos velocidad, lógicamente, de la que había desarrollado en la carretera.

Jonesville era un pueblo pequeño, formado en gran parte por casas antiguas, y se veía muy poca gente por las calles.

Angela detuvo su coche y preguntó a un hombre de mediana edad, bajo y metido en carnes, por la situación exacta de la casa de Raymond Jenner.

Ella, al igual que Kevin Morris, sabía que la casa se alzaba a unos cinco kilómetros, porque así lo indicaba el abogado de Raymond Jenner en su carta, pero ignoraba si se alzaba al norte del pueblo, al sur, al este o al oeste, porque eso no lo indicaba Dennis O'Brien.

El tipo gordo explicó a Angela la ubicación exacta de la casa de Raymond Jenner.

La muchacha le dio las gracias y puso nuevamente su coche en movimiento, saliendo poco después del pueblo, en ¡a dirección opuesta a la que había tomado para entrar en él.

Metió su descapotable por el estrecho camino de tierra que le indicara el tipo grueso. Un camino lamentable, pues además de estrecho, estaba lleno de baches y había muchas piedras.

Conduciendo despacio. Angela Erwin recorrió los cinco kilómetros y alcanzó la casa de Raymond Jenner.

No llegó hasta ella, sino que detuvo su coche a unos treinta metros.

Desde allí, contempló la casa.

Era muy grande y tan antigua o más que la mayoría de las casas que había visto en Jonesville. Constaba de tres plantas, nada menos, y la fachada estaba pidiendo a gritos una restauración.

La fachada... y todo lo demás, seguramente.

Aquella casa debía tener más años que Matusalén.

Angela se fijó también en los coches que se hallaban detenidos frente a la casa.

Eran cinco, exactamente.

Todos modernos.

Evidentemente. Kevin Morris y ella no eran los únicos herederos de! misterioso Raymond Jenner. Había más, y Dennis O’Brien los había citado también aquella tarde allí, en la casa del hombre cuyos intereses servía.

El ruido de un motor hizo que Angela Erwin volviese la cabeza.

Era el coche de Kevin Morris.

CAPITULO III

Angela Erwin hizo que su descapotable arrancara y lo llevó hasta la casa de Raymond Jenner, dejándolo junto a los otros cinco coches.

El Ford de Kevin Morris llegaba escasos segundos después.

Kevin salió rápidamente del coche, con cara de muy pocos amigos.

Angela también salió del suyo, situándose al otro lado del pequeño vehículo, para que éste quedara entre Kevin y ella.

—Hola, Kevin —sonrió la joven—. Aquí tiene su chaqueta.

La cogió y se la tendió por encima del descapotable.

Morris pegó un zarpazo y la chaqueta cayó de nuevo sobre el asiento.

—No quiero mi chaqueta, ¡e quiero a ti —mascullló fieramente.

—¿Por qué me tutea?

—Porque me da la gana.

—Cálmese, Kevin.

—Te voy a dar tal cantidad de azotes en el trasero, que no podrás sentarte en una semana.

Instintivamente, Angela Erwin se llevó las manos a las nalgas, perfectamente marcadas por el ajustado pantalón.

—¿Es que no sabe aguantar una broma, Kevin?

—Me tomaste el pelo, guapita de cara, y al hijo de mi madre no le toma el pelo ni el presidente de la nación.

—Sólo quería divertirme un poco, Kevin.

—A mi costa, ¿verdad?

—Me apetecía una persecución en coche.

—Bueno, pues ya sabes lo que me apetece ahora a mí.

—Ponerme el culo morado.

—Exacto.

—Hagamos las paces, Kevin.

—Ni hablar.

—Le daré el beso que le prometí, ¿vale?

—No, no vale.

—Le daré dos.

—Dos docenas.

Angela Erwin respingó.

—¿Quiere que le dé dos docenas de besos...?

—No estoy hablando de besos, sino de azotes —aclaró Kevin Morris, empezando a rodear el pequeño coche rojo, con fiero gesto.

Angela se movió también, dispuesta a no dejarse atrapar.

—Sea razonable, Kevin.

—No quiero ser razonable.

—Está feo pegar a una mujer.

—¿Quién lo ha dicho?

—Somos amigos, Kevin.

—Dejamos de serlo en la carretera, cuando te largaste en tu maldito coche.

—Le repito que sólo fue una broma.

—Pues lo de los azotes va muy en serio.

—¿Qué ha sido de su sentido del humor, Kevin?

—Todo tiene un límite, preciosa.

—Por favor, olvide lo que pasó.

—No.

—Kevin...

Seguían rodeando el coche, lentamente.

De pronto, Kevin Morris dio un fantástico salto y cayó al otro lado del descapotable.

Angela Erwin dio un grito y echó a correr hacia la puerta de la casa.

Kevin se lanzó tras ella.

—¡No te librarás de tu castigo, rubia!

—¡Socorro...! —chilló Angela, aporreando la puerta.

Kevin cayó sobre ella y la sujetó con fuerza.

—¡Ya te tengo, guapa!

—¡Suélteme, Kevin!

—¡Cuando te haya dado tu merecido!

—¡Le cambio los azotes por besos!

—¡No me interesa!

—¡Kevin...! —chilló Angela, al ver que el joven se la echaba sobre el hombro como si fuera una alfombra.

De esa manera, el trasero de la muchacha quedaba a la entera disposición de Kevin, cuya mano derecha se elevó, dispuesta a caer sobre las redondeadas posaderas femeninas.

Afortunadamente para Angela, en ese preciso instante se abrió la puerta y un tipo alto y espigado, vestido de mayordomo, se dejó ver.

La mano de Kevin quedó suspendida en el aire.

El mayordomo, visiblemente perplejo por la escena que sus ojos presenciaban, preguntó:

—¿El señor Morris...?

—Yo soy —respondió Kevin.

—El señor O'Brien le está esperando, señor Morris.

—¿Y a mí no...? —preguntó Angela, mirando al mayordomo por un lado del cuerpo de Kevin.

—¿Es usted la señorita Erwin, por casualidad?

—La misma.

—Oh, entonces ya están todos —sonrió el mayordomo.

—¿Se refiere a los herederos de Raymond Jenner? —preguntó Kevin.

—Efectivamente, señor.

—¿Cuántos somos? —inquirió Angela, que seguía sobre el hombro de Kevin.

—Seis, exactamente, señorita.

—¿Ve cómo no se trataba de una broma, Kevin? —dijo Angela.

—Todavía queda la posibilidad de que se trate de un error —gruñó Morris.

—Le apuesto lo que quiera a que no.

El mayordomo carraspeó suavemente.

—¿Tienen la bondad de pasar?

—Encantados —respondió Kevin, y entró en la casa, con Angela sobre su hombro.

—¿Por qué no me baja, Kevin? —Sugirió la muchacha—. Ya tengo edad para caminar sólita.

Morris la dejó en el suelo y rezongó: —Más tarde arreglaremos lo nuestro, preciosa.

—Será un placer —sonrió Angela, con ironía.

—¿Tienen la amabilidad de seguirme? —rogó el mayordomo, echando a andar con paso ceremonioso.

—¡Un momento, por favor! —exclamó Kevin.

El mayordomo se detuvo.

—¿Ocurre algo, señor Morris?

—Olvidé coger mi chaqueta. Vuelvo en seguida.

Kevin salió de la casa.

Mientras esperaba que regresara, Angela observó con detenimiento el amplio vestíbulo, regiamente amueblado. La casa, por dentro, estaba bastante mejor que por fuera.

Los ojos de Angela se encontraron con los del mayordomo, que frisaba los cuarenta y cinco años de edad y tiraba más a feo que a lo otro.

La muchacha le sonrió.

—¿Cómo se llama?

—¿Yo, señorita?

—Sí.

—Charles, señorita.

—¿Lleva mucho tiempo en esta casa. Charles?

—Quince años, señorita.

—Eso es mucho tiempo. Charles.

—Sí, bastante —sonrió el mayordomo.

—Ha debido sentir mucho la muerte del señor Jenner, ¿verdad?

Charles parpadeó.

—¿Su muerte, dice...?

—¿Por qué pone esa cara. Charles? — preguntó Angela, extrañada.

—El señor Jenner no ha muerto, señorita Jenner. Sigue en este mundo —aseguró el mayordomo.

CAPITULO IV

Kevin Morris alcanzó el coche de Angela Erwin, cogió su chaqueta, se la puso y regresó a la casa de Raymond Jenner.

Angela se volvió hacia él y le miró a los ojos pálida, temblorosa, desencajada.

—Ke... Kevin... —acertó a balbucear.

Morris se alarmó.

—¿Qué te ocurre, Angela? Se diría que Has visto un fantasma.

—Está... está vivo, Kevin...

—¿Qué?

—Raymond Jenner no ha muerto...

Ahora fue Kevin Morris quien palideció visiblemente.

—¿Qué estás diciendo, Angela?

—Charles, el mayordomo, asegura que...

—Es cierto, señor Morris —intervino Charles—. El señor Jenner, a Dios gracias, sigue vivo. A pesar de sus muchos años, setenta y ocho, y a las varias dolencias que le aquejan, resiste admirablemente.

—Entonces, ¿lo de la herencia...?

—El abogado del señor Jenner se lo aclarará todo, señor Morris. Síganme, por favor. El señor O'Brien y los otros cuatro herederos aguardan en el salón.

Charles movió las piernas.

Kevin y Angela, tras cambiar una mirada, siguieron al mayordomo.

Instintivamente, la mano de Angela buscó la de Kevin y la apretó nerviosamente.

—Estoy un poco asustada, Kevin.

—¿Por qué?

—En ningún momento se me ocurrió pensar que Raymond Jenner siguiese vivo.

—Tampoco a mí.

—Así aún parece todo más extraño, ¿verdad?

—Desde luego.

—Empiezo a arrepentirme de haber venido, Kevin.

—Yo no, porque si no hubiera venido, no te habría conocido.

Angela lo miró, sorprendida.

—¿De verdad te alegras de haberme conocido, Kevin?

—Naturalmente.

—¿A pesar de lo que te hice...?

—Sí.

—Y yo que creí que lo de los azotes iba en serio...

—Iba en serio.

—¡Kevin!

—Pienso dártelos en cuanto se me presente la oportunidad.

—A ti no hay quien te entienda —rezongó Angela.

No hablaron más, porque habían alcanzado el salón, y Charles ya estaba abriendo la puerta.

—La señorita Erwin y el señor Morris —anunció el mayordomo, mirando a Dennis O’Brien.

El abogado del todavía vivo Raymond Jenner, un hombre de unos cuarenta años de edad, estatura media, más bien delgado, impecablemente vestido, indicó:

—Que pasen, Charles.

Kevin Morris y Angela Erwin entraron en el salón, espacioso y elegante, con una chimenea preciosa. Había un par de largos sofás y varios sillones, distribuidos alrededor de una baja mesa de mármol.

Dennis O’Brien caminó hacia los recién llegados, con una afable sonrisa en los labios, y estrechó la mano a los dos.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó.

—Muy bien, gracias —respondió Kevin.

—Me alegro mucho. Vengan, les presentaré al resto de los herederos.

Kevin y Angela se adentraron en el salón.

El abogado les presentó en primer lugar a las dos mujeres.

La morena se llamaba Celia Desmond, y se le podían conceder unos veinticinco años. La otra, un par de años más joven, se llamaba Lorry Stevens, y tenía el cabello rojizo.

Las dos eran guapas y estaban muy bien de curvas.

Después, Dennis O'Brien les presentó a los dos hombres.

Herman Odell, el mayor de ellos, rondaría los treinta y cinco años de edad, era un tipo grandote, de poderosos músculos y facciones rudas. El otro se llamaba Robert Aldrich, aparentaba unos veintiséis años, tenía el pelo rubio y un rostro agradable; era de complexión delgada, pero se adivinaba que era un joven sano y fuerte, rebosante de vitalidad.

Hechas las presentaciones, Dennis O’Brien rogó a los seis herederos que se sentasen, y sólo él permaneció en pie. Después de abarcarlos a todos con la mirada, dijo:

—Bien, llegó el momento de las explicaciones. Sé que a todos les extrañó que Raymond Jenner, un perfecto desconocido para ustedes, les nombrara herederos en su testamento. Les diré por qué lo hizo. El señor Jenner no tiene familia. Ni siquiera un pariente lejano. Está solo en el mundo, y le disgustaba la idea de partir hacia el otro sin saber lo que iba a ser de sus bienes. El señor Jenner tiene casi ochenta años, y se encuentra bastante delicado de salud. Lo mismo puede vivir todavía un año o dos, que fallecer dentro de unos días. El médico que le atiende se lo ha dicho así de claro. Fue entonces cuando el señor Jenner tuvo la idea de nombrar herederos a tres hombres y tres mujeres, entre los veinte y los cuarenta años, solteros, escogidos al azar por mí.

El abogado hizo una breve pausa y prosiguió:

—La única condición, aparte la edad y soltería, era que debían haber

nacido en el estado de Oregon, y vivir todavía en él. El señor Jenner también nació en este estado. En esta casa, concretamente, en la que siempre ha vivido, y que sólo abandonará cuando le llegue la hora de la muerte, que él ve tan próxima...

Los seis herederos se miraron entre sí.

Dennis O'Brien continuó con sus explicaciones:

—Hice lo que el señor Jenner me pedía, y los escogí a ustedes seis. Tres hombres y tres mujeres, jóvenes, solteros, y nacidos en el estado de Oregon, cada uno en una ciudad distinta. La señorita Erwin, en Portland; el señor Morris, en Salem; la señorita Desmond, en Eugene; el señor Odell, en Pendleton; la señorita Stevens, en Albany; y el señor Aldrich, en Medford. Presenté sus nombres al señor Jenner y él me hizo redactar inmediatamente su testamento. Cada uno de ustedes, cuando el señor Jenner muera, percibirá la bonita suma de veinticinco mil dólares.

Las caras de los seis asombrados herederos reflejaron una gran alegría, como era de esperar.

Dennis O'Brien alzó las manos, sonriendo, y dijo:

—Esperen, que aún hay algo más. Esta casa, cuanto hay en ella, y las tierras que la rodean, tienen un valor muy superior a esos ciento cincuenta mil dólares que ustedes se van a repartir cuando el señor Jenner abandone este mundo. La casa, aunque deteriorada por fuera, está bien conservada por dentro. Los muebles son antiguos, pero no están estropeados y tienen su valor. En cuanto a las tierras que rodean la casa, son extensas y de excelente calidad. Hay gran cantidad de árboles. No exagero, pues, al asegurar que todo ello vale mucho más de ciento cincuenta mil dólares. Y será para uno de ustedes.

Los herederos no supieron disimular su sorpresa.

—¿Sólo para uno? —murmuró el robusto Herman Odell.

—Sí —asintió el abogado.

—¿Para cuál de nosotros? —preguntó la morena Celia Desmond.

—Para el más listo. O para el que más suerte tenga. Porque la suerte, en este caso, puede influir mucho, ya que se trata de encontrar la pequeña llave que abre el cofrecillo en el cual se halla encerrado el testamento del señor Jenner, firmado de su puño y letra. El señor Jenner, muy amante de los juegos, me pidió que escondiera la llave del cofrecillo en algún lugar de 1a casa, excluyendo solamente su alcoba.

—¿Y nosotros tenemos que buscarla...? —preguntó el rubio Robert Aldrich.

—Así es —cabeceó O'Brien—. Cada noche, después de la cena, y hasta que sus relojes marquen ¡as doce en punto, cada uno de ustedes, por separado, buscará la pequeña llave. La casa, cuanto hay en ella, y las tierras que la rodean, serán para quien la encuentre. Aparte de los veinticinco mil dólares, naturalmente.

—¡Es fantástico! —exclamó la pelirroja Lorry Stevens, entusiasmada.

—¡Emocionante de verdad! —dijo Kevin Morris, mirando a Angela Erwin.

Esta sonrió ampliamente y volvió a coger la mano de Kevin.

—Va a ser muy divertido —dijo.

—Seguro que sí —repuso Kevin, oprimiendo la mano de la muchacha con calor.

Dennis O'Brien habló de nuevo:

—La llave está muy bien escondida, para que el juego no acabe demasiado pronto y resulte mucho más interesante. Pero sé que uno de ustedes acabará dando con ella. Por sus propios medios, ¿eh? Porque yo no admito sobornos —hizo saber, más en broma que en serio.

Los seis herederos rieron.

La morena Celia preguntó:

—¿No puede darnos ninguna pista, señor O'Brien?

—Lo siento, señorita Desmond, pero no es posible. Si acaso les diré que no es necesario romper nada para dar con la llave. Aclaro esto para que a ninguno de ustedes se le ocurra destripar colchones, sillas, sillones o sotas.

Los herederos volvieron a reír.

De pronto, Dennis O'Brien entristeció el semblante y dijo:

—Al señor Jenner le hubiera encantado explicarles personalmente todo esto, pero hoy tiene un mal día y no ha podido levantarse de la cama. Espero que mañana se encuentre un poco mejor y pueda bajar a conocerles a todos. No saben cómo lo desea.

—Nosotros también estamos deseando conocer al señor Jenner, para darle las gracias —aseguró Kevin Morris—. ¿No es cierto, muchachos?

Angela Erwin, Celia Desmond, Lorry Stevens, Herman Odell y Robert Aldrich respondieron afirmativamente.

Lejos estaban todos ellos de sospechar que la búsqueda de la llave del cofrecillo, un juego aparentemente inocente y divertido, iba a resultar horriblemente trágico.

Los seis herederos eran seis cadáveres en potencia.

CAPITULO V

Dennis O'Brien consultó su reloj, de oro macizo.

—Oh, son ya las siete y media. ¿Qué les parece si pasamos al comedor? Después de la cena les acompañaré arriba y les mostraré sus habitaciones. En ellas encontrarán lo necesario para pasar unos días en esta casa.

—Está usted en todo, señor O'Brien —sonrió Kevin Morris.

—Es mi obligación —repuso el abogado—. Síganme, por favor.

Dennis O'Brien caminó hacia la puerta.

Los seis herederos fueron tras él.

Abandonaron todos el salón y se dirigieron al comedor, guiados por el abogado de Raymond Jenner.

La mesa, muy larga, se hallaba dispuesta.

Dennis O'Brien y los herederos se sentaron a ella.

Entonces, el abogado dio orden a Charles de servir la cena.

El mayordomo se retiró, regresando poco después acompañado de Lizzie, la doncella, una muchacha de pelo castaño, graciosamente corto. Aparentaba unos veintidós años y poseía un rostro agraciado. Tampoco de figura estaba mal.

Lizzie portaba, en una bandeja de plata, una preciosa sopera.

Charles empezó a servir la cena, que transcurrió animadamente, pues los seis herederos conversaron mucho entre sí y con el abogado de Raymond Jenner, quien se mostró atento y cordial en todo momento.

Los herederos elogiaron la elaboración de todos y cada uno de los platos que les eran servidos, realmente deliciosos, y Dennis O’Brien explicó que ello era mérito exclusivo de Mildred, la cocinera de Raymond Jenner, que era extraordinaria.

Concluida la cena, el abogado se puso en pie, siendo rápidamente imitado por los seis herederos.

—Bien, si tienen la amabilidad de acompañarme, les mostraré sus habitaciones —dijo O'Brien.

—¿Y después...? —preguntó Celia Desmond, con una significativa sonrisa.

—Podrán empezar a buscar la llave del cofrecillo, si lo desean.

—¡Naturalmente que lo deseamos! —exclamó Lorry Stevens.

—¡Sí, estamos impacientes! —dijo Robert Aldrich.

—¡Seguro que la encuentro yo! —dijo Herman Odell.

Todos miraron al grandullón.

—¿Qué te hace pensar eso, Herman? —preguntó Kevin Morris.

—Bueno, veréis, yo soy un tipo bastante afortunado en el juego, porque los amores se me dan muy mal... y ya conocéis el refrán: «desgraciado en el amor, afortunado en el juego».

—No es verdad que los amores se te den mal, Herman —rechazó la morena Celia.

—¿Cómo lo sabes?
—Porque yo, apenas verle, me prendé de ti.
Herman Odell rió con fuerza..
—¡Déjate de bromas, Celia!
—¡Hablo en serio, Herman!
—¡También yo estoy loca por ti, Herman! —dijo la pelirroja Lorry.
—¡Y yo! —aseguró Angela Erwin, siguiendo la broma de Celia y Lorry.
Herman Odell pegó un manotazo al aire.
—¡Al diablo las tres! ¡Vosotras lo que queréis es que no encuentre la llave del cofrecillo, zorronas!
Los seis herederos rieron con ganas, divertidos.
También Dennis O’Brien se reía a gusto.
Desgraciadamente, aquella sana alegría no iba a durar mucho...

* * *

Dennis O'Brien mostró a los seis herederos las habitaciones que les habían sido destinadas.
Unas habitaciones amplias, individuales, con baño.
Las de Kevin Morris, Angela Erwin y Robert Aldrich, se hallaban ubicadas en el primer piso; las de Herman Odell, Celia Desmond y Lorry Stevens, en el segundo piso.
La alcoba de Raymond Jenner se encontraba en el primer piso, aunque bastante alejada de las habitaciones que iban a ocupar Kevin, Angela y Robert.
El abogado señaló la puerta, recordando a los herederos que podían buscar la llave del cofrecillo por toda la casa exceptuando la alcoba de Raymond Jenner, puesto que allí no se encontraba.
Dennis O’Brien explicó:
—La alcoba del señor Jenner quedó excluida del juego para evitarle molestias a él, como supongo ya habrán adivinado todos ustedes.
—Sí, pensábamos que sería por eso —respondió Kevin.
—Bien, pueden empezar a buscar la llave —indicó el abogado—. Pero recuerden que, a las doce en punto, interrumpirán la búsqueda. Recuerden, también, que deben buscarla por separado. No vale formar parejas ni tríos. En el momento en que la llave sea descubierta, la persona que la encuentre debe hallarse completamente sola.
—¿Por qué, señor O’Brien? —preguntó Angela.
—Para evitar posibles problemas, señorita Erwin. No es probable que ocurra, pero voy a ponerles un ejemplo. Usted encuentra la llave en el comedor, pongamos por caso, señorita Erwin. En ese momento, el señor Morris se encuentra con usted. Impulsado por la codicia, el señor Morris le arrebata la llave.
—Yo nunca haría una cosa así, señor O’Brien —dijo Kevin, ligeramente

molesto.

El abogado sonrió con suavidad.

—Sólo se trata de un ejemplo, señor Morris. Y antes de exponerlo, ya dije que no es probable que ocurra, aunque nunca se sabe. Lo que hay en juego es muy importante, y yo tengo la obligación de tomar todas las medidas para evitar que surjan complicaciones. En el ejemplo que expongo, caso de que ocurriera, yo no sabría quién encontró la llave del cofrecillo. La señorita Erwin juraría que ella la encontró y que usted se la arrebató, pero usted, señor Morris, estoy seguro que juraría todo lo contrario. ¿Se dan cuenta del dilema? Yo no soy ni la mitad de sabio que Salomón, no podría decir quién dice la verdad y quién miente.

—El señor O'Brien tiene razón, Kevin —opinó el fornido Herman—. Es mejor buscar la llave por separado.

—Sí, yo opino lo mismo —manifestó el rubio Robert.

—Y yo —dijo Celia.

—También yo —opinó Lorry.

—Yo tampoco tengo nada que objetar —dijo Angela.

—De acuerdo, buscaremos la llave por separado —aceptó Kevin—. Pero conste que yo me fío de todos, ¿eh?

—No lo dudo, señor Morris —sonrió Dennis O’Brien—. Estoy seguro de que cada uno de ustedes tiene plena confianza en los otros cinco herederos, pero debemos hacer las cosas bien. Evitando la ocasión, se evita también el peligro. Y, ahora, todos a buscar la llave. Si alguno tiene la suerte de encontrarla, que se la guarde y no diga nada a los demás. Yo debo ser el primero en saberlo. Estaré en el salón.

* * *

Tan pronto como Dennis O’Brien desapareció, los seis herederos pusieron manos a la obra. Disponían de casi tres horas, y no querían perder ni un solo segundo. Herman Odell y Celia Desmond prefirieron iniciar la búsqueda de la pequeña llave en el segundo piso, mientras que Robert Aldrich y Lorry Stevens eligieron el primer piso.

Kevin Morris y Angela Erwin optaron por empezar a buscar en la planta baja, cada uno por su lado, naturalmente. Había que seguir las reglas del juego

Encontrar una llavecita, en una casa de tres plantas, tan grande como aquélla, era realmente difícil. Como buscar una aguja en un pajar, poco más o menos.

Sin embargo, los seis herederos iniciaron la peligrosa tarea con extraordinario ánimo, confiando cada cual en que la suerte se pusiera de su parte y le ayudara a dar con la pequeña llave que abría el cofrecillo, en el cual permanecía encerrado el testamento de Raymond Jenner.

Teniendo en cuenta que la casa, cuanto había en ella, y las extensas tierras que la rodeaban, serían para quien encontrase la llave, ésta muy bien podía

llamarse la llave de la fortuna.

La realidad, sin embargo, era bien distinta.

En vez de llamarla la llave de la fortuna, habría que llamarla la llave de la muerte.

O la llave del horror.

Los acontecimientos así lo iban a demostrar.

* * *

Los herederos llevaban más de una hora buscando la valiosa llave, sin ningún resultado positivo, por el momento.

Herman Odell y Celia Desmond seguían en el segundo piso, donde había varias habitaciones, además de las destinadas a ellos y a Lorry Stevens.

La morena Celia se encontraba en una de las estancias libres, revisándolo minuciosamente todo. Enfrascada en su tarea, no vio ni oyó que alguien se le acercaba por detrás, sigiloso como una sombra.

Cuando lo descubrió, ya era tarde, porque una mano de hierro, cubierta por un guante negro, de pie!, cayó sobre su boca y le impidió gritar, mientras un brazo poderoso le rodeaba el pecho, inmovilizándola.

Así comenzó el horror, para la infortunada Celia Desmond...

CAPÍTULO VI

Kevin Morris miró su reloj.

Al comprobar que faltaban apenas un par de minutos para las doce, la hora fijada por Dennis O'Brien para interrumpir la búsqueda de la llave del cofrecillo, compuso un gesto de desilusión.

Sus esfuerzos para hallarla habían resultado totalmente infructuosos.

¿Les habría sucedido lo mismo a los demás herederos...?

Kevin estaba seguro de que si, que tampoco ellos habrían encontrado la llave, porque en tal caso el abogado de Raymond Jenner hubiera dado por terminado el apasionante juego, y no había sucedido así.

Bien, tal vez tuviese más suerte la noche siguiente.

No había que desesperar.

No era fácil encontrar la llave, y todos lo sabían.

Había que insistir con fe, sin desmayar en ningún momento.

El premio valía la pena.

Kevin Morris encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el salón.

Dennis O'Brien estaba allí, sentado en un sillón.

Y no estaba solo.

Angela Erwin se encontraba también en el salón, sentada en uno de los sofás. Por su expresión de desencanto, Kevin supo que tampoco ella había dado con la llave.

La muchacha también tenía un cigarrillo entre los dedos, recién encendido.

—¿No ha habido suerte, señor Morris? —preguntó el abogado, que fumaba un magnífico habano.

—No, no la ha habido —respondió Kevin, aproximándose.

—Tampoco a mí me acompañó —suspiró Angela—. Y cuidado que he buscado la llave con ganas...

—Pues mira que yo... —repuso Kevin, sentándose a su lado.

Dennis O'Brien sonrió.

—Veremos qué tal les ha ido a los demás —dijo, y le dio una chupada al cigarro

Estaba expulsando el humo que había llevado a sus pulmones, cuando apareció Robert Aldrich, igualmente desilusionado, porque tampoco él había encontrado la llave.

Tan sólo un minuto después, Lorry Stevens entraba en el salón, tan desencantada como Kevin, Angela y Robert, y por el mismo motivo que éstos.

Casi al momento, llegó Herman Odell, con la misma cara de fracaso.

—Debe ser cierto que Celia, Lorry y Angela están locas por mí, porque no he dado con la llave —dijo, dando un lánguido suspiro.

Dennis O'Brien y el resto de los herederos rieron las palabras del musculoso Herman, quien se dejó caer en un sillón.

Como pasaban los minutos, y Celia Desmond no regresaba, el abogado de

Raymond Jenner observó:

—La señorita Desmond está infringiendo las reglas del juego. Pasan ya quince minutos de las doce.

—Debe de estar buscando la llave con tanto fervor, que no se acuerda de mirar el reloj —pensó Kevin.

—Pues eso no es justo —opinó Robert—. Si todos hemos interrumpido la búsqueda a las doce en punto, tal y como nos indicó el señor O'Brien, ella también debió hacerlo.

—Estoy de acuerdo, Robert —dijo Herman —. Eso es jugar con ventaja.

—Ya lo creo que sí —protestó también Lorry.

—No se preocupen —rogó Dennis O'Brien—. Si la señorita Desmond apareciera ahora con la llave, quedaría descalificada por no haber seguido las reglas del juego, y no volvería a participar en él, perdiendo toda posibilidad de heredar esta casa, cuanto hay dentro, y las tierras que la rodean. Lamento no haber advertido esto antes de comenzar el juego, pero es que no creí que ninguno de ustedes desobedeciera mis indicaciones.

Las palabras del abogado tranquilizaron a los otros cinco herederos, quienes dejaron de preocuparse por la tardanza de la atractiva morena.

* * *

Dennis O'Brien miró por enésima vez su reloj de oro. —Es casi la una —dijo, visiblemente disgustado. —Esto es demasiado —gruñó el corpulento Herman, poniéndose en pie—. Celia lo ha cogido con tantas ganas, que igual se pasa la noche entera buscando la llave.

—¿No será que se ha retirado a su habitación? —pensó Angela Erwin.

—No lo creo —rechazó Robert Aldrich—. Todos hemos venido aquí, porque sabíamos que el señor O'Brien nos estaba esperando. ¿Por qué no iba a venir Celia?

—Tal vez le haya sucedido algo... —observó Kevin Morris.

Todas ¡as miradas se clavaron al instante en él.

Fue Dennis O'Brien quien preguntó:

—¿Qué piensa que haya podido sucederle a la señorita Desmond, señor Morris?

—Bueno, no sé... El largo viaje, la tensión de si sería cierto o no lo de la herencia, la alegría de saber que va a percibir veinticinco mil dólares a la muerte del señor Jenner, la emoción del juego de la llave, que tanto beneficio reportará al que tenga la suerte de encontrarla... Opino que todo eso, unido, ha podido ocasionarle un mareo, un desvanecimiento, o algo así. No tendría nada de extraño, ¿verdad?

Dennis O'Brien se puso en pie.

—Tal vez tenga razón, señor Morris. Sugiero que subamos a la habitación de la señorita Desmond, y si no se encuentra en ella, la buscaremos por toda la casa.

—De acuerdo, señor O’Brien —respondió Kevin, levantándose.

Angela, Robert y Lorry se pusieron también en pie, y junto con Kevin, Herman y el abogado de Raymond Jenner, abandonaron el salón.

* * *

Se detuvieron todos frente a la habitación destinada a Celia Desmond, Dennis O’Brien dio unos golpes en la puerta.

—¿Señorita Desmond...? —la llamó.

La morena no respondió.

El abogado abrió la puerta y entraron todos en la habitación.

La luz estaba encendida, pero Celia Desmond no se encontraba allí.

O'Brien y los cinco herederos salieron de la habitación y buscaron a Celia Desmond por toda la casa, pero no encontraron ni rastro de ella,

—¿Es posible que haya desaparecido...? —exclamó Lorry Stevens, tan extrañada como todos los demás.

—En la casa, desde luego, no está —dijo Robert Aldrich.

—¿No será que está jugando al escondite con nosotros? —expresó Herman Odell.

—Eso es una tontería —rechazó Kevin Morris.

—¿Y si se hubiera marchado? —dijo Angela Erwin.

—¿Marcharse...? —exclamó la pelirroja Lorry dando a entender con su expresión que eso no tenía sentido.

Lo mismo parecían opinar el resto de los herederos.

Dennis O’Brien sugirió:

—Vayamos a ver si el coche de la señorita Desmond sigue frente a la casa o también ha desaparecido.

—Buena idea —aprobó Angela.

Se encaminaron todos hacia el vestíbulo.

El abogado abrió la puerta y salieron de la casa.

—¡El coche de Celia no está! —exclamó el rubio Robert.

—¡Acertaste, Angela! —Dijo Lorry—, ¡Celia se ha marchado!

—Es absurdo —opinó Kevin—, ¿Por qué se marcharía así, de pronto, sin decírselo a nadie?

—Quizá se conforme con los veinticinco mil dólares que percibirá a la muerte del señor Jenner, y no desee participar en el juego de la llave —observó Dennis O'Brien.

—De ser así, lo hubiera dicho —repuso Kevin.

—Yo también lo encuentro muy extraño —dijo Robert—. Celia estaba muy ilusionada con el juego de la llave. Realmente entusiasmada. No me explico su marcha. Y menos, que haya sido tan repentina.

Dennis O’Brien exhaló un suspiro.

—Bien, no ganamos nada comentando la marcha de la señorita Desmond. La realidad es que se ha ido, sin decirnos por qué. Tal vez vuelva mañana y

nos lo explique todo. Sugiero que nos vayamos a dormir. Es muy tarde ya.

* * *

Ya en el primer piso, Herman Odell y Lorry Stevens se despidieron de Kevin Morris, Angela Erwin y Robert Aldrich, y se fueron escaleras arriba, acompañados de Dennis O'Brien, ya que éste tenía su habitación en el segundo piso, como Herman y Lorry.

Robert se metió en su habitación, después de dar las buenas noches a Kevin y Angela, pero éstos continuaron en el corredor, frente a la habitación de la muchacha.

Kevin cogió las manos de ella.

—Creo que voy a aceptar tu proposición, Angela.

—¿Qué proposición?

—La de cambiar los azotes por besos.

—Dijiste que no te interesaba.

—He cambiado de parecer.

—No pienso darte más que un beso. El que te debo.

—¿Prefieres los azotes?

—No creo que te atrevas a dármelos.

—Te los daré. Dos docenas justas. Pero, antes, venga ese beso que me debes. Y recuerda que tiene que ser largo y apasionado.

—A ver si se nos hace de día...

—A mí no me importaría —aseguró Kevin, y unió su boca a la de Angela, a la vez que abrazaba con fuerza a la muchacha.

En ese preciso instante, realmente maravilloso para los dos, un alarido de horror rasgó el aire como una lanza.

Lo emitió una garganta femenina.

La garganta de Lorry Stevens.

CAPITULO VII

Kevin Morris y Angela Erwin se separaron bruscamente, sobresaltados.

—¡Es Lorry! —exclamó Kevin.

—¡Algo le ocurre! —gritó Angela.

—¡Corramos en su ayuda!

Kevin Morris se disparó hacia la escalera, seguido de Angela Erwin.

La puerta de la habitación de Robert Aldrich se abrió de golpe y el rubio salió al corredor.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién ha gritado? —preguntó.

—¡Ha sido Lorry, Robert! —informó Angela, sin dejar de correr.

El rubio se lanzó también hacia la escalera.

Kevin Morris alcanzó el segundo piso, salvando los peldaños de tres en tres.

Herman Odell y Dennis O'Brien salían en aquel momento de sus respectivas habitaciones, alarmados.

Kevin Morris ya corría hacia la habitación de la pelirroja.

Herman y el abogado hicieron lo propio.

Angela y Robert ganaron también el segundo piso y se lanzaron hacia la habitación de Lorry.

Kevin intentó abrir la puerta, pero la pelirroja le había dado la vuelta a la llave.

—¡Ayúdame a forzarla, Herman! —pidió.

—¡Carguemos los dos contra ella, Kevin!

Lo hicieron así y la puerta, muy recia, como todas las de la casa, cedió al segundo embate.

El robusto Herman no pudo frenar su impulso y rodó por el suelo de la habitación, yendo a detenerse junto al cuerpo inerte de Lorry Stevens, que yacía en medio de la estancia, con los ojos cerrados, la cabeza ladeada, y el rostro blanco como el mármol.

Kevin, Robert, Angela y el abogado de Raymond Jenner irrumpieron en la habitación y rodearon a la pelirroja.

Herman ya le estaba tocando el cuello, y pudo detectar los latidos de su arteria carótida.

—Sólo está desvanecida —dijo, tranquilizando a todos.

—¿Qué pudo asustarla? —se preguntó Kevin, mirándolo todo.

La puerta del baño estaba abierta.

La del armario de la ropa, también

Kevin registró lo uno y lo otro, pero no encontró nada de particular.

Mientras tanto, Angela trataba de reanimar a Lorry, mojándole la cara con el agua que contenía la jarra que encontrara sobre la mesilla de noche.

La pelirroja empezó a dar señales de vida.

Cuando abrió los ojos, éstos reflejaron un infinito terror.

—¡Celia! —chilló, comenzando a temblar como si se hallase en bikini en pleno Polo Norte.

Angela la sujetó con suavidad, pero con firmeza

—Cálmate, Lorry.

—¡Está muerta!

—¿Qué?

—¡Celia está muerta! ¡Le cortaron la cabeza!

Sendos escalofríos recorrieron los cuerpos de Kevin, Angela, Herman y Robert. También Dennis O'Brien parecía muy impresionado por las palabras de la pelirroja.

—¿Le importarla repetir eso, señorita Stevens,..? —rogó el abogado.

—¡He dicho que Celia Desmond está muerta! ¡Alguien le cortó la cabeza! ¡Está en el armario! ¡La encontré cuando lo abrí para coger el camisón!

Todos los ojos se volvieron hacia el armario, cuya puerta seguía abierta de par en par.

—Acabo de revisarlo, y no encontré nada —dijo Kevin.

Lorry Stevens incorporó el torso y clavó sus desorbitados ojos en el armario.

—¡Estaba ahí, lo juro! ¡La cabeza de Celia Desmond estaba ahí, manchada de sangre! ¡Su cuerpo no estaba, solamente su cabeza, limpiamente cercenada! ¡Celia tenía los ojos extremadamente abiertos, y en ellos se reflejaba todo el horror del mundo! ¡También su boca tenía una expresión horrible! ¡No pude resistir tan espantosa visión y me desmayé!

—Registrémoslo de nuevo —sugirió Kevin, acercándose al armario,

Herman y Robert se aproximaron también.

Lo revisaron de arriba abajo, pero la cabeza de Celia Desmond no apareció.

Tampoco encontraron rastros de sangre.

—Aquí no hay nada, Lorry —dijo Kevin.

—¡Si la cabeza de Celia no está, es porque alguien la quitó, cuando yo me desmayé!

—La puerta de tu habitación estaba cerrada con llave, Lorry. Tuvimos que forzarla... —hizo saber Herman.

—¡La cerré con llave, es verdad! —admitió la pelirroja.

—Si alguien hubiera salido de aquí, con la cabeza de Celia, como tú aseguras, no hubiéramos encontrado la puerta cerrada con llave... —observó Robert.

Lorry Stevens apretó los dientes con rabia.

—Pensáis que lo he imaginado todo, ¿verdad?

El silencio de los otros cuatro herederos y del abogado de Raymond Jenner fue harto elocuente.

Lorry se puso en pie, furiosa.

—¡Muy bien, todo fue fruto de mi imaginación! Celia Desmond está viva, nadie le cortó la cabeza, no había nada en mi armario. Pero no esperéis que yo duerma en esta habitación, después de lo ocurrido. Quiero dormir en otra. ¡Y

acompañada!

—Puedes dormir conmigo. Lorry —dijo inmediatamente Robert.

—O conmigo —dijo Herman.

Kevin estuvo tentado de ofrecerle también su habitación a la deseable pelirroja, pero Angela le dirigió una severa mirada y le hizo desistir.

Lorry sonrió, agradecida, y decidió:

—Dormiré contigo. Herman.

—Estupendo —se alegre Odell, frotándose las manos con el pensamiento.

—Yo soy más guapo que Herman. Lorry —señaló Robert, desilusionado.

—Pero él es más alto y más corpulento —repuso la pelirroja—. Si tiene que defenderme del tipo que le cortó la cabeza a Celia Desmond, lo hará mucho mejor que tú.

Angela Erwin sintió frío en la espalda.

—Habías admitido que todo había sido fruto de tu imaginación, Lorry.

—Tuve que hacerlo, en vista de que no me creíais. Pero yo sé que no lo imaginé, Angela. Celia Desmond está más muerta que Rodolfo Valentino. Le cortaron la cabeza y la pusieron en mi armario, para ver si me daba un infarto al descubrirla y me moría también. De esa manera, el asesino tendría menos trabajo. Porque es seguro que en esta casa hay un asesino. Y que nos quiere escabechar a todos.

El frío que sentía Angela en la espalda se extendió ahora por todo su cuerpo, obligándola a estremecerse visiblemente.

—No digas eso, por favor —rogó, con voz temblorosa—. Me asustas...

—Lo siento, Angela, pero es lo que pienso. Me gustaría estar equivocado, pero temo que los próximos acontecimientos van a darme la razón. Kevin, Robert, Herman, tú y yo estamos en peligro,

Los herederos se miraron entre sí, con evidente preocupación.

Dennis O’Brien intervino:

—Lo que dice no tiene sentido, señorita Stevens.

—¿Usted cree?

—Sí, y estoy seguro de que sus compañeros piensan como yo. La señorita Desmond abandonó esta casa por su propia voluntad, nadie la mató.

—Pues olvidó su cabeza.

—No sea macabra, se lo ruego.

—El macabro es el asesino, no yo.

—Aquí no hay ningún asesino.

—Al tiempo, señor O’Brien.

El abogado, visiblemente enfadado, dijo:

—Será mejor que volvamos a nuestras habitaciones.

* * *

Kevin Morris, Angela Erwin y Robert Aldrich descendieron al primer piso, después de que Dennis O’Brien se hubiese introducido en su habitación y

Herman Odell y Lorry Stevens en la del grandullón.
Una vez abajo, Robert preguntó:
—¿A ti no te da miedo dormir sola, Angela?
—Ya lo creo que si —confesó la joven.
—Si quieres compartir mi habitación...
—No, gracias.
El rubio compuso una simpática mueca de resignación.
—Está visto que ésta no es mi noche... Bien, me retiro a descansar. Os deseo felices sueños a los dos. Y; si os encontráis con el asesino, dadle un estacazo de mi parte.
Sonrió, y se metió en su habitación.
Kevin y Angela se miraren.
Ella dijo:
—Me parece que Robert se toma a broma lo del cortador de cabezas.
—Es evidente que sí.
—¿Y tú, Kevin?
—No sé qué pensar, Angela. Desde luego me sigue padeciendo muy extraña la repentina marcha de Celia Desmond, pero creer que alguien le cortó la cabeza y la puso en el interior del armario de Lorry...
Angela Erwin se mordió los labios.
—Yo no quisiera creerlo, pero...
Kevin Morris la enlazó por el talle.
—Será mejor que pases la noche en mi habitación, Angela.
—Ya oíste lo que le respondí a Robert, cuando me propuso lo mismo que tú.
—Yo no soy Robert.
—No, tú eres Kevin.
—Lo que quiero decir es que...
—Sé lo que quieres decir, y mi respuesta sigue siendo la misma.
—¿No te fías de mí?
—Ni un pelo.
—Te juro por mi chichón que no ocurrirá nada que tú no desees que ocurra.
Angela Erwin rió.
—Me había olvidado por completo de tu chichón, Kevin. ¿Todavía te duele?
—Un poco.
—¿Y sigue igual de gordo?
—No, se ha vuelto mucho más pequeño.
—Me alegro.
—Sin duda se lo debo a tu saliva.
—Es muy posible que sí.
Kevin Morris estrechó un poco más el talle femenino.
—Angela...

—¿Qué?

—Me gustas. Me gustas mucho.

—Tú a mí tampoco me disgustas, Kevin.

—¿Por qué no quieres, entonces, que...?

—Porque nos hemos conocido hoy, y yo no tengo por costumbre irme a la cama con un hombre apenas conocerlo.

—Sólo trato de protegerte.

—Eso mismo le dijo un tipo a una amiga mía, y ahora está embarazada de cinco meses.

—Si no quieres que hagamos el amor, no lo haremos, pero acuéstate conmigo. Me sentiré mucho más tranquilo.

—Gracias, pero no quiero que me ocurra lo que a mi amiga.

Kevin Morris apretó las mandíbulas.

—¿Sabes que cuando te lo propones resultas odiosa?

—Lo siento.

Kevin la soltó, enfadado.

—Está bien, duerme sola. Pero si se te aparece el cortador de cabezas, a mí no me llames, porque no pienso acudir en tu ayuda. Ya lo sabes.

Angela le cogió del brazo.

—Por favor, Kevin, no me asustes más, que ya lo estoy bastante —suplicó, con un perceptible temblor en los labios.

—Suéltame, quiero irme a dormir.

—¿Sin darme un beso?

—Yo no beso a las mujeres que no se fían de mí. Buenas noches.

—¡Kevin!

—Si el miedo no te deja dormir, ven a mi cama. Te haré un sitio, aunque no te lo mereces —rezongó Kevin Morris, y se introdujo en su habitación.

CAPITULO VIII

Al verse completamente sola en el corredor, Angela Erwin no pudo reprimir un gemido de pánico, que coincidió con el brusco erizamiento de todo el vello de su cuerpo.

Se sentía tan aterrorizada, que estuvo tentada de meterse corriendo en la habitación de Kevin Morris y echarse en sus brazos, sin importarle lo que luego hiciera él con ella.

Sin embargo, continuó quieta, esforzándose por dominar el temblor de su cuerpo. Con la respiración contenida, miró hacia un lado y otro del corredor.

No vio a nadie.

Lentamente, Angela Erwin retrocedió hacia la puerta de su habitación.

Sus orejas estaban tan tensas que parecían dos antenas.

Pese a ello, no detectaron ruido alguno.

Angela, sin dejar de mirar hacia ambos extremos del corredor, alcanzó la puerta y se metió en su habitación, cerrando inmediatamente con llave.

Pegó su espalda a la gruesa hoja de recia madera y desde allí observó la habitación, sintiendo que el corazón le latía alocadamente en el pecho.

Más que latir, parecía galopar como si se tratara de un caballo desbocado, Y es que el terror de la muchacha, lejos de remitir, se acentuaba más y más.

Angela Erwin miró la cama.

¿Habría alguien escondido debajo de ella...?

Después, miró el armario de la ropa.

¿Encontraría allí la cabeza de Celia Desmond, si se decidía a abrirlo...?

Luego, su aterrada mirada se posó en la puerta del cuarto de baño, que permanecía cerrada.

¿Se ocultaría allí el asesino...?

Angela Erwin cerró un instante los ojos.

Se sentía al borde del desmayo.

Notaba un sudor frío por todo el cuerpo, que parecía brotarle de los mismos huesos. Por si fuera poco, las rodillas le flaqueaban, se negaban a sostenerla, y temía derrumbarse de un instante a otro.

¡Y eso que todavía no había sucedido nada!

¡Sólo pensaba en lo que podía suceder!

Como sucediese realmente algo, estaba segura de que se moriría de pánico.

¡Dios, qué mal rato estaba pasando!

¿Valía la pena sufrir de aquella manera?

No tenía más que trasladarse a la habitación de Kevin Morris, arrojarse en sus fuertes brazos, y permitir que él le hiciera el amor.

¿No sería eso mucho mejor que pasarse la noche en vela, sudando, temblando, el corazón sonándole como un tambor, el estómago tan encogido que creía tenerlo en la garganta...?

Angela Erwin se dijo que sí, que sería mil veces mejor, pero siguió

resistiéndose a reunirse con Kevin Morris, porque no quería que él la tomase por una chica fácil, de esas que se acuestan con cualquiera.

Procurando dominar el temblor de sus piernas, caminó lentamente hacia la cama y, sin atreverse a mirar si había alguien escondido debajo, se sentó en ella y subió las piernas. Se arrastró un poco basta lograr que su espalda tocara el cabezal de la cama, para descansarla en él.

Así, con todos los sentidos alerta, se dispuso a pasar la noche.

Sólo en el caso de que viera u oyera algo, saltaría de la cama y correría a reunirse con Kevin Morris, y que él la tomara por lo que quisiera.

* * *

Afortunadamente, se hizo de día sin que Angela Erwin viera u oyera nada, y la muchacha, que había vivido la noche más larga y más terrible de toda su vida, se bajo de la cama y abandonó la habitación.

Fue a la de Kevin Morris y dio unos discretos golpes en la puerta.

—¿Kevin...? —lo llamó, sin elevar la voz.

Morris no respondió.

Como tampoco acudía a abrir, Angela repitió los golpes, esta vez un poco más fuertes.

—Soy yo, Kevin. Angela... Abre, por favor.

El resultado fue el mismo.

Angela Erwin empezó a preocuparse.

O Kevin Morris tenía el sueño muy pesado... o es que le había sucedido algo.

Dispuesta a averiguarlo, Angela accionó la manivela.

La puerta se abrió, porque no estaba cerrada con llave.

Angela entró en la habitación.

Inmediatamente descubrió a Kevin Morris.

Estaba tirado en el suelo, de bruces, cubierto sólo con un pantalón de pijama.

¿Muerto...?

¿Simplemente desvanecido...?

Angela Erwin temió que fuera So primero, y el corazón se le encogió tanto que en aquel momento no debía abultar mucho más que una nuez.

—Kevin... —pronunció, con voz estrangulada—. ¡Kevin!..¡Kevin...! —chilló a continuación, abalanzándose sobre él.

Lo agarró por los hombros y lo puso boca arriba. Kevin tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Angela notó que las lágrimas acudían a sus ojos. Sin perder un segundo, aplicó su oído derecho al pecho desnudo de Kevin, justo sobre el corazón, para ver si le latía. Al comprobar que sí, dio un respingo de alegría y exclamó:

—¡Estás vivo, Kevin!

—Y con ganas de diversión —dijo él, abrazándola.

Angela Erwin dio otro respingo, ahora de sorpresa.

—¡Kevin!

—¿Qué?

—¡Estabas fingiendo!

—Quería saber si significaba poco o mucho para ti. Debo significar mucho, porque estás llorando.

Angela montó en cólera.

—¡Eres un...!

—Luego me lo dirás —la interrumpió Kevin, y la besó ardorosamente en los labios.

Angela intentó separarse de él, pero Kevin hizo girar su cuerpo y quedó encima de ella, aplastándola con su peso. Siguió besándola con pasión, seguro de que así acabaría anulando la resistencia de la enfurecida muchacha.

Y no se equivocó.

Apenas un minuto después, Angela Erwin era lo más parecido a una balsa de aceite.

Kevin Morris separó su boca de la de ella y la miró a los ojos.

Angela los tenía cerrados, pero los abrió en seguida y dijo:

—Eres un maldito bribón, Kevin.

—¿Eso era lo que querías decirme?

—No, pensaba llamarte algo mucho más feo.

—Una chica tan bonita como tú no debe decir cosas feas.

—Me diste un susto de muerte, ¿sabes?

—¿Qué tal has pasado la noche?

—Muy mal.

—No has pegado ojo, ¿eh?

—Exacto.

—¿Por qué no viniste a mi habitación?

—Estuve a punto de hacerlo, pero preferí seguir pasando miedo a que me tomaras por una chica fácil.

—Qué tontería —sonrió Kevin, acariciándole el rubio cabello, suave como la seda.

—¿Me habrías respetado, de haber venido?

—¿Tú qué crees?

—Tengo mis dudas, lo confieso.

—No te habría obligado a nada, te doy mi palabra.

Y conste que me encantaría hacer el amor contigo, porque me gustas una barbaridad.

—Dame un poco de tiempo, Kevin.

—Todo el que quieras —respondió Morris, y la besó de nuevo con muchas ganas.

Angela Erwin le ciñó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso con idénticas ganas.

* * *

Un rato después, se reunían todos en el comedor, para desayunar.

Dennis O'Brien preguntó:

—¿Qué tal han pasado !a noche?

—Estupendamente, señor O'Brien —respondió Herman Odell, mirando de forma significativa a Lorry Stevens.

La pelirroja sonrió, pero no dijo nada.

Robert Aldrich exhaló un suspiro

—Tú no encontrarás la llave del cofrecillo, Herman. Se te dan demasiado bien las mujeres.

Odell rió.

—Ya sabes que Lorry me escogió a mí por mi mayor estatura y corpulencia, no porque le guste más que tú. Buscaba protección.

—Yo se la ofrecí a Angela, pero también ella me rechazó —suspiró de nuevo Robert.

—Por si te sirve de consuelo, te diré que también rechazó la mía —hizo saber Kevin.

—Es verdad —sonrió Angela.

—Admiro tu valentía, chica —dijo Lorry—. Yo no hubiera pasado la noche sola ni por un millón de dólares.

—¿Sigue pensando que hay un asesino en la casa, señorita Stevens? —preguntó el abogado de Raymond Jenner, serio,

—Por supuesto —respondió la pelirroja, sin vacilar—, Sé que no imaginé lo que vi, que todo era real. La cabeza de Celia Desmond estaba en mi armario.

—Volverá por ella, no te preocupes —bromeó Robert.

—Celia Desmond no volverá, está muerta —insistió Lorry.

Kevin Morris, para desviar la conversación, preguntó:

—¿Cómo se encuentra el señor Jenner esta mañana, señor O'Brien?

—Regular, solamente —respondió el abogado—. No ha pasado muy buena noche. Tiene dolores y temo que tampoco hoy pueda levantarse de la cama. Es una pena, porque está deseando bajar, para conocerlos a todos personalmente.

—A Celia Desmond ya no podrá conocería —dijo Lorry Stevens—, Viva, al menos.

Dennis O'Brien le dirigió una dura mirada.

—Le ruego que no nos amargue el desayuno, señorita Stevens.

—Disculpen —sonrió irónicamente la pelirroja, y siguió comiendo.

* * *

El resto de la mañana y la tarde transcurrió con toda normalidad.

Raymond Jenner seguía con sus dolores, según su abogado, y no bajó a conocer a sus herederos.

Por la noche, al término de la cena, Dennis O'Brien indicó a los herederos que podían reanudar la búsqueda de la llave que abría el cofrecillo, recordándoles que a las doce en punto debían interrumpirla y acudir todos al salón, donde él les estaría aguardando.

Herman Odell y Lorry Stevens, en secreto, habían acordado buscar la pequeña llave juntos. Fue idea de ella, que no quería quedarse sola ni un instante, y el fornido Herman estuvo de acuerdo.

Angela Erwin propuso lo mismo a Kevin Morris, pues también a ella le asustaba deambular sola por la casa. Kevin aceptó y los dos juntos empezaron a buscar la llave.

Robert Aldrich, claro, tuvo que buscarla solo.

El rubio fue directamente al segundo piso.

A la habitación que ocupaba Dennis O’Brien.

Tenía la corazonada de que el abogado había escondido allí la llave, y estaba dispuesto a revisarlo todo concienzudamente, hasta encontrarla.

Fatalmente para él, sólo iba a encontrar horror.

Sufrimiento.

Muerte...

CAPITULO IX

Poco después de que el valioso reloj de Dennis O'Brien señalase las doce, los herederos de Raymond Jenner empezaron a entrar en el salón, con el mismo gesto de desilusión que la noche anterior, ya que ninguno de ellos había sido capaz de encontrar la llave del cofrecillo.

Kevin Morris y Angela Erwin fueron los primeros en llegar, y lo hicieron por separado, para que el abogado no sospechara que habían estado buscando la llave juntos.

Después, llegaron Herman Odell y Lorry Stevens, igualmente por separado, para disimular.

Quien no llegó, fue Robert Aldrich.

Su excesiva tardanza empezó a preocupar a todos.

—Robert se está retrasando demasiado —dijo Herman.

—Sí, pasan ya quince minutos de las doce —señaló Kevin, mirando su reloj.

—Apuesto a que, si registramos la casa, no lo encontramos —dijo Lorry Stevens.

Angela Erwin se estremeció.

—No empieces, Lorry —suplicó, recriminándola con la mirada.

—Seguro que su coche ha desaparecido. ¿Queréis que lo comprobemos? —sugirió la pelirroja.

—Cállate, maldita sea —mascculló Kevin Morris.

—Así nos evitaremos la molestia de buscarlo por toda la casa, Kevin.

—Lorry, por favor —rogó Herman Odell.

—Está bien, como queráis. Sigamos esperando el regreso de Robert. Una espera totalmente inútil, porque Robert no volverá.

Kevin, Angela y Herman se miraron entre sí.

Dennis O'Brien, con el gesto agrio, se levantó del sillón que ocupaba y dijo:

—Vamos a ver si el coche del señor Aldrich está o no está.

El abogado caminó con paso decidido hacia la puerta.

Kevin. Angela, Herman y Lorry se apresuraron a seguirle.

Salieron los cinco del salón y se dirigieron al vestíbulo, Dennis O’Brien siempre delante. Lo alcanzaron en sólo unos segundos y el abogado abrió la puerta, saliendo de la casa.

Los herederos salieron también.

Kevin, Angela y Herman sintieron que se les erizaba la piel, porque, tal y como había profetizado Lorry, el coche de Robert Aldrich había desaparecido.

La pelirroja sonrió nerviosamente.

—¿Qué, no os lo dije? Robert también se ha marchado, sin despedirse. Como Celia Desmond. Y seguramente sin cabeza, como ella. Apuesto a que alguien se la encuentra en su armario.

—¡Basta, señorita Stevens! —pidió Dennis O'Brien, muy enfadado.

—No se preocupe, ya he dicho lo que pensaba decir. Ahora, hable usted.

—¿Yo?

—Sí, usted, señor O'Brien. Justifique, si puede, la extraña desaparición de Celia Desmond y Robert Aldrich. Porque ninguno de nosotros cree que se hayan marchado así, por las buenas y sin decir nada a nadie. ¿Verdad que no, muchachos?

El silencio de Kevin, Angela y Herman fue de lo más expresivo.

El abogado de Raymond Jenner se puso nervioso.

—No puedo justificar la desaparición de la señorita Desmond y de! señor Aldrich, señorita Stevens. Sé lo mismo que ustedes. Que sus coches no están. Es lo que me hace pensar que se han marchado, aunque no me explico los motivos.

—No, señor O'Brien, no se han marchado. Sus coches no están porque el asesino se los ha llevado, para hacernos creer que Celia y Robert se han largado.

—En esta casa no hay ningún asesino, señorita Stevens.

—Eso fue lo que dijo anoche, poco después de que yo descubriera la cabeza de Celia Desmond en mi armario. Y seguramente volverá a decirlo, cuando encontremos la cabeza de Robert Aldrich.

—Mientras no vea con mis propios ojos la cabeza de la señorita Desmond o del señor Aldrich, no creeré que hayan muerto.

—Si el asesino no se hubiera llevado la de Celia...

—¿Por dónde se la llevó, quiere decírmelo usted? Porque la puerta de su habitación estaba cerrada por dentro, y la ventana tiene barrotes de hierro, como todas las de la casa.

La pelirroja no supo qué responder.

El abogado insistió.

—¿Por dónde huyó el asesino, señorita Stevens..,?

—¡No lo sé, maldita sea! —gritó Lorry, dando una patada en el suelo.

Dennis O'Brien sonrió ligeramente.

—Su historia se derrumba como un castillo de naipes, señorita Stevens. Admita que todo fue producto de su imaginación y nos hará un gran bien a todos.

—¡No imaginé nada! ¡Lo que vi era tan real como usted y como yo! ¡La cabeza de Celia Desmond estaba en mi armario!

El abogado suspiró.

—Está bien, no discutamos más. Al fin y al cabo, no ganamos nada con ello. Por eso sugiero que nos vayamos a dormir.

—¿A quién le tocará «marcharse» mañana, señor O'Brien? —preguntó Lorry.

El abogado la fulminó con la mirada, pero se limitó a indicar:

—Entremos en la casa.

* * *

Estaban ya en el primer piso, cuando Lorry Stevens preguntó:

—¿Piensas dormir sola también esta noche, Angela?

—¡Desde luego que no! —respondió Angela Erwin, agarrando del brazo a Kevin Morris.

La pelirroja sonrió.

—Protégela bien, Kevin.

—Descuida.

—Hasta mañana, muchachos.

—Buenas noches.

Herman Odell y Lorry Stevens se fueron escaleras arriba, precedidos de Dennis O'Brien, que seguía muy serio.

Kevin Morris miró a Angela Erwin.

—¿Entramos, Angela?

—Tendré que coger un camisón, ¿no?

—Para lo que te va a durar puesto...

—¡Kevin! —exclamó la joven, enrojeciendo intensamente.

Morris se echó a reír.

—Sólo era una broma.

—¡Pues bromas de ésas, a tu abuela!

—No le harían ninguna gracia, porque lleva...

—Doce años enterrada, ya lo sé.

Kevin rió de nuevo y luego besó la nariz de la muchacha.

—No te enfades, Angela.

—¿Prometes respetarme, Kevin?

—Desde la cabeza a los pies.

—Está bien, vamos por el camisón.

Entraron en la habitación de Angela Erwin.

La joven fue a abrir el armario, pero en el último instante se echó para atrás.

—¿Qué te ocurre, Angela?

—No me atrevo a abrir el armario, Kevin.

—Yo lo haré, no te preocupes.

Angela lo cogió del brazo.

—Ten cuidado, Kevin.

—¿Temes que encontremos la cabeza de Celia Desmond?

—O la de Robert Aldrich...

—Te apuesto una docena de besos a que no encontramos ninguna de las dos.

—Doce besos son muchos besos. Te cansarías antes de llegar a la mitad.

—Te daría un millón y seguiría con ganas.

—Como te pida que me lo demuestres,..

—Hazlo,

—No te caerá esa breva.

—¿Apostada la docena de besos?

—Parece que hables de huevos, en vez de besos.

Kevin rió el chiste de Angela.

—Me alegra que no hayas perdido tu sentido del humor, preciosa.

—La cabeza es lo que no quiero perder. Y no me refiero a cuando esté metida en la cama contigo, sino a la que tengo sobre los hombros. Lorry asegura que Celia Desmond perdió la suya. Y es posible que Robert Aldrich también la haya perdido...

—Agárrate fuerte a mí, que voy a abrir e! armario.

—Ay... —gimió Angela, abrazándole por detrás.

Kevin contuvo la respiración y abrió el armario de golpe.

No había nada.

Sólo ropa.

—Me debes una docena de besos, Angela

La muchacha lanzó un suspiro de alivio y respondió:

—Te los daré con mucho gusto, créeme.

—Te creo. Vamos, coge el camisón.

Angela lo cogió

Un camisón negro, largo, muy sugestivo.

—Te sentará estupendamente —dijo Kevin.

—Que me dure puesto, es menester —repuso Angela, con una graciosa sonrisa.

Rieron los dos y abandonaron la habitación.

CAPITULO X

Apenas entrar en su habitación, Herman Odell dijo:

—Echaré un vistazo al armario.

Lorry Stevens lo retuvo, cogiéndole del brazo.

—No te molestes, Herman. No encontrarás nada.

—¿Cómo lo sabes?

—El asesino no es tonto. Puso ¡a cabeza de Celia Desmond en mi armario porque sabía que yo me desmayaría al verla o echaría a correr, despavorida. En cualquiera de los casos, él tendría tiempo de llevársela, aunque ya me gustaría saber por dónde. El asesino sólo quería asustarme con la cabeza de Celia, no que nos la quedásemos como prueba de que Celia Desmond había sido asesinada. Recuerda que hizo desaparecer el coche de Celia, para que pensemos que ella se marchó anoche. Y por la misma razón hizo desaparecer el coche de Robert Aldrich. El asesino no ha puesto la cabeza de Celia o la de Robert en tu armario, porque sabe que tú no te desmayarías ni echarías a correr si las vieses. Eres un hombre, Herman. Grande, fuerte, valiente. De los que no se impresionan fácilmente. Cogerías la cabeza de Celia o la de Robert y se la mostrarías a Kevin, a Angela, y a Dennis O'Brien, como prueba de que sí hay un asesino en la casa. Y eso, al asesino, no le interesa.

—Puede que tengas razón, Lorry. De todas maneras, quiero revisar el armario.

—Está bien, hazlo. Te convencerás de que estoy en lo cierto.

Herman Odell se acercó al armario y lo abrió de par en par.

La cabeza de Celia Desmond no estaba allí.

Ni la de Robert Aldrich.

Sólo había ropa.

—¿Lo ves, Herman? —Sonrió Lorry Stevens—. El asesino no es tonto, ya te lo dije.

—Puede que tampoco sea listo.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor no existe tal asesino.

—Existe, Herman, existe. ¿O acaso encuentras lógica la desaparición de Celia Desmond y Robert Aldrich...?

—No, claro que no.

—Aunque yo no hubiera visto la cabeza de Celia, su desaparición y la de Robert seguirían siendo igualmente sospechosas. El juego de la llave es muy interesante. Y, el premio para quien lo encuentre, muy importante. Sería absurdo que alguno de nosotros renunciase a él, sólo porque sí. ¿Renunciarías tú, Herman?

—Por supuesto que no.

—¿Lo ves?

—Me has convencido, Lorry. Hay un asesino en la casa. Pero contigo y

conmigo no podrá, porque como intente acabar con nosotros, le partiré el espinazo con estas manos.

La pelirroja se las acarició.

—Son enormes, Herman. Parecen guantes de béisbol.

—Son grandes, si. Y fuertes. Aunque un poco rudas, tal vez.

—A mí me gusta sentirme acariciada por ellas.

—¿De verdad?

—¿Es que has olvidado ya lo bien que lo pasamos anoche?

—¿Cómo iba a olvidarlo, si estoy deseando repetirlo?

—Yo también, Herman —sonrió Lorry, y le ofreció los labios, rojos, sensuales, sumamente excitantes.

Herman la abrazó y la besó con fervor.

Después, hizo ademán de empezar a desnudar a la pelirroja, pero ella le frenó.

—Espera, Herman.

—¿No has dicho que tú también estás deseando...?

—Claro que lo estoy deseando. Pero antes quiero darme una ducha. No te importa, ¿verdad?

Odell sonrió.

—Claro que no. Pero no me hagas esperar demasiado, ¿eh?

—Saldré envuelta en la toalla antes de cinco minutos —prometió Lorry.

—A ver si es verdad —repuso Herman, y le dio una sonora palmada en las prietas nalgas.

La pelirroja se arqueó hacia adelante, emitiendo un gritito.

—¡Brutote!

—¡Monumento!

Lorry corrió hacia el cuarto de baño, porque la manaza de Herman se elevaba de nuevo, con el mismo propósito de antes.

El grandullón rió, divertido.

Lorry alcanzó el baño y, antes de cerrar la puerta, sonrió y dijo:

—Eres un salvaje, pero me gustas.

—Más me gustas tú a mí —respondió Herman, mordiéndole cosas con los ojos.

La pelirroja rió y cerró la puerta.

Herman Odell se despojó de la chaqueta y se quitó la corbata, arrojando ambas prendas sobre un sillón. Después, procedió a desabotonarse la camisa.

Lo hizo de espaldas al armario.

Por eso no vio que una mano surgía silenciosamente de él.

La mano, cubierta por un guante negro, de piel, sujetaba una maza de hierro.

El asesino no tuvo necesidad de salir del armario, ya que Herman Odell se hallaba muy cerca de éste.

La maza de hierro ascendió y luego cayó sobre el cráneo de Herman.

El grandullón emitió un extraño sonido gutural y se desplomó como un

fardo, quedando desmadejado en el suelo.

* * *

El agua de la ducha se deslizaba por el cuerpo desnudo de Lorry Stevens, que ésta friccionaba con la pastilla de jabón, con cierta rapidez, pues deseaba reunir: se cuanto antes con el musculoso Herman Odell.

Lejos estaba ella de suponer, claro, que Herman se encontraba ya en manos del asesino.

Lorry dejó la pastilla de jabón en la jabonera, permitió que el agua cayera medio minuto más sobre su cuerpo, y luego cerró la llave de la ducha.

Salió de debajo de ella, atrapó la toalla, y se secó rápidamente.

Después se envolvió con la toalla y salió del cuarto de baño.

Se quedó parada al no ver a Herman.

Su chaqueta y su corbata seguían sobre el sillón, pero él no se veía por ninguna parte.

Lorry empezó a sentir miedo.

—¿Herman...? —Lo llamó, sin moverse de donde estaba—, Si tienes ganas de jugar al escondite, has escogido el peor momento. Sal inmediatamente, te lo ruego. Ya sabes que me asusta verme sola.

El grandullón no apareció, claro.

El miedo de la pelirroja se acentuó.

—Herman, por el amor de Dios —suplicó—. ¿Estás debajo de la cama? ¿Dentro del armario? Déjate ver, que se me está poniendo la carne de gallina.

Como Herman no salía, Lorry se agachó y comprobó que no se hallaba debajo de la cama. Se irguió y masculló:

—Te voy a dejar sin orejas cuando aparezcas, te lo juro. Este mal rato que estoy pasando me lo tienes que pagar, maldito.

Lorry dio unos pasos hacia el armario, pues se decía que Herman sólo podía haberse escondido allí. Con mano temblorosa, abrió la puerta.

Al instante, dos cosas cayeron al suelo y rodaron por él como pelotas.

Eran dos cabezas.

La de Celia Desmond y la de Robert Aldrich.

Lorry Stevens, horrorizada, quiso chillar con todas sus fuerzas, pero ni el más leve gemido escapó de su garganta, porque el terror había paralizado sus cuerdas vocales.

También quiso correr, pero sus piernas estaban igualmente paralizadas por el terror.

De pronto, la vista se le nubló y su frío y agarrotado cuerpo se estrelló contra el suelo.

Lorry Stevens se había desmayado, como la otra vez.

CAPITULO XI

Angela Erwin rogó:

—Date la vuelta, Kevin.

—¿Para qué?

—Voy a ponerme el camisón.

—¿Por qué no te lo pones en el cuarto de baño, si no quieres que te vea?

—No quiero que tú me veas, pero yo sí quiero verte a ti en todo momento. Me siento más segura.

—Está bien, te daré la espalda. Pero la tentación de volver la cabeza será muy grande, te lo advierto.

—Si lo haces, te pongo un ojo a la funerala de un puñetazo.

Kevin Morris rió.

—Procuraré recordar tu amenaza —dijo, y se volvió.

Angela Erwin se despojó rápidamente de la blusa y del ajustado pantalón, quedando en braguitas y sujetador. Se quitó también esta última prenda y se colocó el camisón.

Al mirarse, comprobó que la prenda nocturna no tapaba, solamente velaba sus formas de mujer joven y esbelta, y estuvo tentada de quitarse aquel atrevido camisón y vestirse de nuevo.

—¿Puedo volverme ya? —preguntó Kevin.

—¡No! —exclamó Angela, y corrió hacia la cama, metiéndose en ella con toda rapidez.

Kevin oyó crujir el somier.

—¿Te has acostado ya...?

—Sí —respondió la muchacha—. Puedes volverte, Kevin.

Este lo hizo, desilusionado.

—¿Por qué te has metido en la cama. Angela? Con las ganas que tenía yo de ver cómo te sienta el camisón...

—No puedo complacerte, es demasiado descarado.

—¿Descarado...?

—Se me vislumbra todo sin necesidad de forzar la vista.

—Por eso te has tapado hasta el cuello, ¿eh?

—Exacto.

—Tendrás calor.

—Me aguantaré.

—Está bien, allá tú —rezongó Kevin, y comenzó a desnudarse.

Se lo quitó todo menos el slip.

Después, se puso el pantalón del pijama.

—Ponte también la chaqueta —indicó Angela.

—Duermo más cómodo con el torso desnudo —explicó Kevin.

—Póntela, hazme el favor.

Kevin adoptó una postura de atleta y preguntó:

—¿Temes no poder resistir la terrible atracción de mi atlético y varonil pecho...?

Angela reprimió a duras penas una sonrisa.

—No seas payaso y acuéstate.

—Sin la chaqueta del pijama.

—Con la chaqueta del pijama.

—Lo lamento, pero no voy a complacerte. Si no quieres dormir conmigo de esta manera, vuelve a tu habitación.

—Chantajista.

—Creo recordar que no es la primera vez que me llamas eso —sonrió Kevin, y se metió en la cama. Angela se alejó todo lo que pudo de él.

—Cuidado con los roces, Kevin —advirtió.

—¿A qué te caes de la cama?

—Tú tendrás la culpa.

—¿Te he tocado yo, acaso?

—No, pero leo en tus ojos que estás deseando hacerlo.

—Que desee hacerlo no quiere decir que lo haga. Prometí respetarte y yo siempre cumplo mis promesas. —Espero que sea verdad.

—¿Cumples tú las tuyas?

—Naturalmente.

—Entonces, ya puedes empezar.

—¿A qué?

—Me debes una docena de besos. ¿O es que lo has olvidado ya?

—No, no lo he olvidado. Te los daré mañana. —Los quiero ahora.

—Es peligroso besarse en la cama.

—Si nos agarramos bien, no nos caeremos.

—No me refiero a eso, y tú lo sabes.

—Me parece que sé lo que te pasa, Angela. Temes abandonarte en mis brazos, si empiezo a besarte, y que la cosa acabe como normalmente suele acabar cuando un hombre y una mujer se acuestan juntos. ¿Me equivoco...?

Angela Erwin se mordió los labios nerviosamente.

—No, no te equivocas, Kevin —admitió—. Si empezamos a besarnos, perderé la cabeza y acabaremos haciendo el amor, lo sé.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Nada, ya lo sé. Pero no quiero que me consigas tan pronto.

—Sigues temiendo que te tome por una chica fácil, ¿eh?

—Sí, porque no lo soy en absoluto.

—No te preocupes, lo supe en cuanto te conocí.

—¿De veras?

—Eres una buena chica, Angela. Y como yo tampoco soy un mal tipo, dejaremos los besos para mañana. ¿Satisfecha?

—Mucho —sonrió ella, profundamente agradecida.

—Apagaré la luz.

—No, déjala encendida.

—¿Sigues teniendo miedo, Angela?

—Un poco, lo confieso.

—Cuando entramos aquí mirarnos el armario, debajo de la cama, y en el cuarto de baño. No hay nadie, Angela. Y la puerta está cerrada con llave. Si alguien quiere entrar, tendrá que llamar primero.

—La puerta de la habitación de Lorry también estaba cerrada por dentro, pero ello no fue obstáculo para que el asesino escapara, llevándose la cabeza de Celia Desmond... —recordó la joven.

—Es todo un misterio, sí —murmuró Kevin.

—¿Tú tienes el sueño ligero, Kevin?

—Como una pluma. Si vuela una mosca, me despierto en seguida.

Angela sonrió.

—No sabes cómo me tranquiliza eso, porque yo lo tengo más bien pesado. Y como la noche pasada no pegué ojo, cuando me duerma no me despertará ni el motor de un avión.

—Ese será el momento de aprovecharme de ti.

—¿A que te rompo un diente?

Kevin rió.

—Bromeaba, tonta.

—Lo sé —sonrió de nuevo ella.

—Buenas noches, Angela.

—Buenas noches, Kevin.

Morris carraspeó ligeramente.

—Angela...

—¿Sí, Kevin?

—¿Qué te parece si dejamos solamente once besos para mañana, y el que completa la docena nos lo damos ahora? No creo que por un beso vaya a pasar nada...

Angela Erwin sonrió dulcemente.

—Esperemos que no, Kevin —dijo, y entreabrió sus preciosos labios.

Morris acercó su rostro al de ella y la besó cálidamente, sin atreverse a rozarle siquiera el cuerpo con su mano, para que Angela no pensara que pretendía algo más que un simple beso.

Tan sólo unos segundos después de que sus bocas se hubiesen unido, empezaron los chillidos de terror, todos ellos lanzados por Lorry Stevens, que parecía haberse vuelto loca.

CAPITULO XII

Kevin Morris y Angela Erwin respingaron sobre la cama.

—¡Lorry! —exclamó él.

—¡Ha debido ver algo! —adivinó ella.

—¡Vamos, Angela! —gritó Kevin, saltando de ¡a cama.

—¡Espérame, Kevin! —chilló Angela, abandonando la cama también, sin importarle que su camisón fuese descaradamente transparente.

Ni se acordaba ya de eso.

Kevin Morris ya corría hacia ¡a puerta, en pantalón de pijama.

La alcanzó, hizo girar velozmente la llave, y abrió, saliendo al corredor.

Angela Erwin salió también de la habitación.

Lorry Stevens bajaba la escalera prácticamente a saltos, envuelta en la toalla de baño y sin dejar de gritar como una posesa.

Kevin y Angela corrieron hacia ella.

—¡Lorry! —la llamó Kevin.

A la pelirroja le falló un pie y perdió el equilibrio.

Afortunadamente para ella, le quedaban ya muy pocos peldaños por salvar, y la caída fue mucho menos grave de lo que hubiera podido ser de haberle fallado el pie algunos segundos antes.

Lorry Stevens cayó de bruces sobre el suelo del corredor y rodó por él, lo cual la obligó a realizar una generosa exhibición de piernas.

Y de lo que viene después, según se sube, porque debajo de la toalla, claro, no llevaba nada.

Kevin Morris la alcanzó y se dejó caer junto a ella.

Después de darle un tironcito a la toalla, para cubrir lo que ninguna mujer suele enseñar, a menos que desee hacerlo, la cogió por los hombros con fuerza.

—¿Qué ha pasado, Lorry?

—¡La cabeza de Celia Desmond estaba en el armario de la habitación de Herman! ¡Y la cabeza de Robert Aldrich! ¡Cayeron al suelo cuando abrí la puerta y rodaron por él como balones! —informó histéricamente la aterrorizada pelirroja.

—¡Dios mío! —gimió Angela Erwin, que ya estaba también junto a Lorry

—¿Dónde está Herman? — preguntó Kevin.

—¡Ha desaparecido!

—¿Desaparecido...?

—¡Sí, Kevin! ¡Yo entré en el cuarto de baño, para darme una ducha! ¡Y Herman ya no estaba cuando salí! ¡Fue entonces cuando abrí el armario y...! ¡Me desmayé y me caí en redondo! ¡Cuando desperté, las cabezas de Celia y Robert ya 110 estaban en el suelo! ¡El asesino se ¡as había llevado! ¡Y no sé por dónde, porque la puerta estaba cerrada con llave! ¡Debe tratarse de un fantasma! ¡De un espíritu maligno!

—Está loca de remate —dijo Dennis O'Brien.

Kevin y Angela se volvieron.

El abogado de Raymond Jenner se encontraba al pie de la escalera, en pijama, sobre el que se había puesto una bata.

Kevin, mirándolo fijamente, masculló:

—¿De verdad cree que Lorry está loca, señor O'Brien?

—Sí, no cabe otra explicación. Desde anoche no hace más que hablar de cabezas cortadas y de asesinos. Y, por si no teníamos bastante con eso, ahora nos habla de fantasmas y de espíritus malignos. Es el colmo ya, ¿no les parece?

—¡Yo no estoy loca! —Chilló Lorry Stevens, irguiendo el torso—. ¡Estoy tan cuerda como usted, señor O'Brien! ¡Si hablo de cabezas cortadas es porque las he visto con mis propios ojos!

—¿Y por qué no las ven los demás?

—¡No lo sé!

—Yo sí lo sé, señorita Stevens. Los demás no imaginan cosas, y usted sí. Su mente está trastornada. No funciona bien.

—¡Eso es mentira! ¡Celia Desmond y Robert Aldrich están muertos! ¡Alguien les cortó la cabeza! ¡Y puede que Herman Odell esté muerto también, a estas horas! ¡Su cabeza ya no está sobre sus hombros, estoy segura!

Angela Erwin se agarró de! hombro de Kevin Morris.

—Creo que me voy a desmayar, Kevin... —musitó, con un hilo de voz.

Morris le cogió la mano y se la apretó.

—Te lo prohíbo, Angela.

—Noto que se me afloja todo...

—Respira hondo, eso te aliviará.

Angela lo hizo.

Un par de veces.

Al tragar aire en cantidad, su busto, lógicamente, se agrandó, y Kevin no pudo resistir la tentación de posar su mirada en los bellos senos de la muchacha, que pudo admirar con todo detalle gracias a la transparencia del camisón.

Angela, dándose cuenta de ello, cruzó rápidamente los brazos sobre su pecho.

Kevin emitió un carraspeo y preguntó:

—¿Te sientes mejor, Angela?

—Sí, un poco.

—Me alegro. ¿Cómo te sientes tú, Lorry?

—Jamás me sentí peor.

—Te ayudaré a levantarte.

—Gracias.

Lorry Stevens se puso en pie, con la ayuda de Kevin Morris, y miró ceñudamente a Dennis O'Brien.

—Conque estoy loca, ¿eh?

El abogado no respondió.

—¿Qué te apuestas a que el coche de Herman no está, Kevin?

—Lo comprobaremos, Lorry. Vamos.

Bajaron los cuatro al vestíbulo y salieron de la casa.

El coche de Herman Odell, efectivamente, no estaba.

—Sabía que Herman se había «marchado» —dijo Lorry, con ironía.

—No entiendo nada —rezongó Dennis O’Brien.

—Pues está más claro que el agua, señor O’Brien —siguió hablando la pelirroja—. El asesino se nos está cargando uno a uno, y hace desaparecer los coches de las víctimas, como si se hubiesen marchado de la casa.

—¿Ya habla otra vez de asesinos, señorita Stevens? ¿No quedamos en que se trata de un fantasma? ¿De un espíritu maligno?

Lorry apretó los labios.

—Si llevara zapatos, le daba un puntapié en la espinilla.

—Una reacción muy propia de alguien que no...

Lorry le mostró las uñas largas y afiladas.

—¡Si vuelve a llamarme loca, le desgarro las mejillas!

El abogado dio un salto hacia atrás.

—¡Sujétela, señor Morris! ¡Es muy capaz de hacer lo que dice!

Kevin la cogió por los hombros, aunque lo hizo con suavidad.

—Cálmate, Lorry.

—¡No me gusta que me tomen por loca, Kevin!

—Yo sé que no lo estás. Y Angela opina lo mismo.

—Desde luego —se apresuró a decir Angela Erwin.

—Será mejor que volvamos a nuestras habitaciones —sugirió Kevin.

—¡Yo quiero dormir con vosotros, Kevin! —pidió la pelirroja.

—De acuerdo, Lorry. Dormiremos los tres en la misma habitación.

—Es usted un tipo afortunado, señor Morris —sonrió el abogado de Raymond Jenner—. Va a compartir su cama con dos mujeres, a cuál de ellas más atractiva.

—Será una experiencia muy interesante —respondió Kevin, mirando a Angela.

Esta frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario.

Kevin rodeó los hombros de las dos.

—Vámonos para arriba, chicas.

Entraron los tres en la casa, seguidos de Dennis O'Brien, que fue quien cerró la puerta del vestíbulo. Después, se encaminaron hacia la escalera.

Ya en el primer piso, el abogado dijo:

—Que se diviertan mucho, señor Morris.

—Lo procuraremos, señor O’Brien —sonrió Kevin.

El abogado se fue para arriba.

Kevin, Angela y Lorry se metieron en la habitación del primero.

La pelirroja, al ver la chaqueta del pijama de Kevin sobre una silla, la cogió

y dijo:
—Me pondré esto, para dormir. ¿No te importa, Kevin?
—Desde luego que no. Yo sólo uso el pantalón.
—¿Crees que esa chaqueta te cubrirá lo suficiente, Lorry? —preguntó Angela, que seguía con el ceño fruncido.
—Espero que sí —sonrió maliciosamente la pelirroja, y ni corta ni perezosa, se despojó de la toalla y quedó completamente desnuda, dando la espalda a Kevin y Angela.
Bueno, no sólo la espalda.
También daba lo que venía a continuación, según se bajaba.
Y, precisamente allí, se clavaron los ojos de Kevin Morris.
Angela Erwin enrojeció.
—¡Lorry!
—¿Sí, Angela...? —la pelirroja la miró por encima del hombro.
—¡Eres una descarada!
Lorry rió, mientras se ponía la chaqueta del pijama.
—No creo que el mío sea el primer trasero de mujer que Kevin contempla desnudo, Angela. ¿Me equivoco, Kevin...?
—Bueno, yo... —tosió embarazosamente Morris.
—Seguro que has visto docenas.
Kevin miró a Angela.
Esta, furiosa, fue hacia la cama y se acostó, justo en medio de ella.
—¿Qué significa eso, Angela...? —preguntó Lorry, poniendo los brazos en jarras.
—Que voy a dormir en medio.
—No me parece justo.
—¿Por qué?
—Es Kevin quien debe dormir en medio, y que se vuelva hacia el lado que más le interese.
—Ni hablar.
—Dile que tengo razón, Kevin.
Morris carraspeó.
—Discutiremos eso después, preciosas.
—¿Después de qué? —preguntó Lorry.
—De que hayamos descubierto y atrapado a! asesino de Celia Desmond, de Robert Aldrich, y probablemente también de Herman Odell. Creo que sé cómo lograrlo —aseguró Kevin.

CAPITULO XIII

Angela Erwin y Lorry Stevens se quedaron mirando a Kevin Morris, perplejas.

—¿Que sabes cómo...? —balbuceó la primera.

—Sí —respondió Morris.

—¿Hablas en serio, Kevin...? —preguntó la pelirroja.

—Sí.

—Explícate, por favor —rogó Angela, irguiendo el torso.

—Lo haré por el camino.

—¿Camino...?

—¿Es que vamos a algún sitio, Kevin? —inquirió Lorry.

—A la habitación de Herman.

La pelirroja respingó.

—¡No, yo no vuelvo allí, Kevin!

—¿Prefieres quedarte aquí, sola?

—¡Angela tampoco querrá ir contigo! ¿Verdad que no, Angela?

Esta, tras un ligero titubeo, dijo:

—Yo no quiero separarme de Kevin, Lorry. Me asusta subir a la habitación de Herman, lo confieso, pero no quiero quedarme sola contigo. Prefiero ir con él.

—Bájate de la cama, pues —indicó Kevin.

Angela obedeció.

—En marcha, chicas —dijo Kevin, abriendo la puerta de la habitación y saliendo al corredor.

Angela salió tras él.

Y Lorry también, claro.

La pelirroja no se quedaría sola ni por todo el oro del mundo.

Caminaron los tres hacia la escalera.

Kevin Morris explicó:

—Desde anoche vengo dándole vueltas a lo mismo. ¿Cómo puede el asesino salir de una habitación, cuya ventana tiene barrotes de hierro, y cuya puerta, cerrada por dentro, tiene la llave puesta en la cerradura, cuando nosotros acudimos? Esto último echa por tierra la posibilidad de que el asesino disponga de otra llave o utilice una ganzúa. Por eso he llegado a la conclusión de que el asesino no entra ni sale por la puerta. Y, como tampoco puede pasar por la ventana, ha de existir forzosamente una entrada secreta.

Angela y Lorry se quedaron paradas en la escalera, pues ya habían empezado a subir por ella.

—¿Una entrada secreta...? —repitió la primera.

—¡Eso lo explicaría todo! —exclamó Lorry.

—Desde luego —dijo Kevin—. Es, además, la única explicación posible, porque yo no creo en fantasmas ni en espíritus malignos. Y una persona de

carne y hueso no puede atravesar las puertas o las paredes. La habitación que el señor O'Brien te destinó a ti, Lorry, tiene una entrada secreta. Y también la que le destinó a Herman. Y puede que algunas más. Pero nosotros empezaremos a buscar en la de Herman. Si logramos descubrir la entrada secreta, descubriremos también al asesino, porque esa puerta nos conducirá hasta él. Y en cuanto le ponga la vista encima...

El gesto de Kevin Morris fue tan expresivo, que Angela Erwin y Lorry Stevens no dudaron ni un segundo que el asesino saldría muy malparado de su encuentro con Kevin, suponiendo que llegara a producirse.

* * *

Se encontraban ya en la habitación del desaparecido Herman Odell.

Lorry Stevens señaló un sillón y dijo:

—Cuando salí del baño, la chaqueta y la corbata de Herman estaban ahí, sobre ese sillón. Más tarde, al volver en mí, ya no estaban. Habían desaparecido, al igual que las cabezas de Celia y Robert. Pero la puerta del armario seguía abierta, tal y como está ahora.

Kevin Morris se acercó al armario y lo estudió detenidamente, tanto por dentro como por fuera. Después, hizo el siguiente comentario:

—Este armario está fijo a la pared. No puede, por tanto, ser desplazado. Esta pared separa la habitación contigua, que fue la que el señor O'Brien te destinó a ti, Lorry, de ésta. Y, si no recuerdo mal, el armario de tu habitación se halla también fijo a esta misma pared. ¿Me equivoco, Lorry?

—No, Kevin. Estás en lo cierto. En esta habitación, el armario queda a la izquierda, mientras que en la mía queda a la derecha —respondió la pelirroja.

—Exacto. Ahora, para conocer el grosor aproximado de esta pared, contaré los pasos que hay desde la puerta de la habitación hasta aquí. Después, iremos a tu habitación y haré lo mismo. Luego, contaré los pasos que hay desde la puerta de esta habitación a la tuya. Manos a la obra.

A Kevin Morris le llevó sólo unos pocos minutos hacer todo eso.

Cuando contó, en el corredor, los pasos que había de ¡a puerta de la habitación de Lorry a la de Herman, le salió uno y medio más que sumando los pasos dados en una y otra habitación.

—¿Os dais cuenta, preciosas? —Dijo, con una sonrisa de triunfo—. La pared a la que se hallan fijos los armarios tiene, en apariencia, un grosor de paso y medio.

—¡Eso no es posible, Kevin! —exclamó Angela Erwin.

—Naturalmente que no. Esto es una casa, no un castillo medieval. La pared que nos ocupa mide paso y medio porque está hueca.

—¿Hueca...? —repitió Lorry, agrandando los ojos.

—Así es, chicas. Hay un pasadizo secreto en ella. Y por ese pasadizo se puede entrar en ambas habitaciones. Y en muchas otras, supongo. Hay que descubrirlo, cueste lo que cueste. Seguidme, monadas.

Volvieron a entrar los tres en la habitación de Herman Odell.

Kevin indicó:

—Vosotras estudiad bien la pared, milímetro a milímetro. Si encontráis algo, avisadme. Yo estudiaré de nuevo el interior del armario.

Angela y Lorry pusieron manos a la obra.

Kevin se metió en el armario y comenzó a revisarlo exhaustivamente, palpándolo todo, para ver si daba con el posible resorte que abría la entrada secreta del pasadizo.

Fueron pasando los minutos, y ninguno de los tres descubría nada.

De pronto, y cuando ya el desánimo empezaba a cundir entre ellos, Kevin tocó algo, sin saber exactamente qué, y el fondo del armario se desplazó silenciosamente hacia un lado, dejando al descubierto la puerta de la entrada secreta.

Kevin estuvo a punto de dar un chillido de alegría, pero se reprimió, consciente de que ello podía echar al traste con su plan. Salió rápidamente del armario y llamó a las chicas:

—¡Angela! ¡Lorry!

Ellas le miraron.

—¿Encontraste algo, Kevin...? —preguntó la primera.

—¡Sí! ¡Venid, de prisa!

Angela y Lorry corrieron hacia el armario y se metieron en él.

—¡La puerta secreta! —exclamó la pelirroja.

Kevin le cubrió la boca al instante.

—¡Hablad bajo, por favor! Y, cuando abra esta puerta, no quiero oíros ni respirar. ¿Entendido, preciosas?

Lorry y Angela asintieron.

—Bien, vamos allá —murmuró, Kevin, y abrió la puerta secreta.

Daba, efectivamente, a un pasadizo, iluminado por hachones encendidos. En seguida vieron la otra puerta secreta, la que comunicaba con el armario de la habitación de Lorry.

Kevin no se molestó en abrirla y avanzó silenciosamente por el pasadizo, llevando de la mano a Angela, quien a su vez cogía la mano de Lorry.

El pasadizo doblaba hacia la derecha y hacia la izquierda.

Kevin tomó la primera dirección, porque al fondo se veía una escalera de caracol. Poco después, descendían los tres por ella, sigilosos como gatos.

La angosta escalera comunicaba con el primer piso, pero no acababa allí, sino que seguía descendiendo,

Kevin, Angela y Lorry continuaron bajando por ella, sin hablar, sin causar ningún ruido, conteniendo el aliento.

La escalera de caracol los llevó hasta el sótano de la casa.

Un sótano amplio y húmedo, lleno de polvo y suciedad, de trastos inservibles.

Allí, tirados en el suelo, se hallaban los cuerpos de Celia Desmond, Robert Aldrich y Herman Odell, sin sus correspondientes cabezas, ya que éstas se

encontraban colocadas en un viejo estante.

Kevin se apresuró a tapar las bocas de Angela y Lorry, pues temía que las muchachas no pudiesen reprimir sendos chillidos de horror.

Hasta él mismo sentía deseos de gritar, porque la visión no podía ser más horripilante.

Pero no les convenía gritar, porque el asesino se encontraba allí, en el sótano, durmiendo sobre un camastro. Se trataba de un individuo alto y fuerte, de rostro sumamente desagradable. Vestía totalmente de negro, y sólo se había quitado los zapatos para dormir, junto al camastro se veía una pistola automática, provista de silenciador.

Kevin hizo comprender a Angela y Lorry que debían guardar silencio, para que él pudiese sorprender al asesino y darle su merecido.

Bueno, parte de su merecido, al menos.

Las muchachas asintieron mudamente y Kevin fue hacia el camastro del asesino, caminando con toda la cautela del mundo.

Lo primero que hizo fue apoderarse de la pistola y ocultarla, para que el tipo no pudiese recurrir a ella cuando se viese sorprendido.

Escondida ya la pistola, Kevin Morris despertó al asesino.

Y de forma muy dolorosa, pues le hundió el puño en el estómago.

El individuo lanzó un bramido y se encogió sobre el camastro.

Kevin no le dio tregua, y siguió golpeándole sin piedad.

No podía tenerla con alguien que se dedicaba a dejar a sus semejantes sin cabeza.

El aluvión de puñetazos dejó medio muerto al asesino, quien, para evitar que el terrible castigo continuara, gritó:

—¡Basta, no me pegues más! ¡Lo confesaré todo! ¡Te diré quién me contrató para que os asesinara a los seis!

Kevin suspendió la lluvia de golpes, empuñó la pistola del asesino y apuntó a éste con ella.

—Te conviene decírmelo, sí —masculló.

* * *

Dennis O'Brien se había dormido ya, pero se despertó al verse zarandeado por el hombro.

—¿Quién diablos...? —empezó a barbotar, pero se interrumpió al descubrir a Kevin Morris, Angela Erwin, Lorry Stevens, y al tipo de negro que había decapitado a Celia Desmond, Robert Aldrich y Herman Odell.

El asesino tenía las manos atadas a la espalda, y su cara daba escalofríos, de tanto golpe como había recibido.

Dennis O'Brien palideció intensamente, y creyó morirse de pánico cuando Kevin Morris le apuntó a la cabeza con la pistola del asesino, como muy decidido a apretar el gatillo.

—Lo sabemos todo, señor O'Brien. El asesino contratado por usted, aquí

presente, ha cantado sin necesitar el acompañamiento de un piano. Tenía que matarnos a los seis, para que no pudiéramos heredar nada a la muerte del señor Jenner, al que usted mantiene drogado en su cama, para impedir que pueda hablar con nosotros. El maldito juego de la llave no fue idea del señor Jenner, sino suya, para obligarnos a permanecer en esta casa, y que el asesino pudiera liquidarnos a todos, uno por uno. De esa manera, a la muerte del señor Jenner, que usted tenía planeado fuese muy próxima, todos sus bienes serían para usted y para Charles, Mildred y Lizzie, porque el mayordomo, la cocinera y la doncella están con usted en esto. Tenían que estar, para que usted pudiese llevar a cabo más fácilmente su diabólico plan.

El abogado movió los labios, como para decir algo, pero no consiguió articular palabra. Se hallaba tan aterrado que no podía hablar.

El dedo de Kevin se curvó sobre el gatillo del arma.

—Debería volarle la cabeza, serpiente venenosa, pero prefiero que sea la policía quien le ajuste las cuentas. No obstante...

Su puño izquierdo se disparó y golpeó la mandíbula del abogado.

Dennis O'Brien emitió un gemido y quedó sin sentido.

EPILOGO

La policía, avisada telefónicamente por Kevin Morris, acudió a la casa de Raymond Jenner y se hizo cargo de Dennis O'Brien, el asesino contratado por éste, Charles, Mildred y Lizzie. Los cinco fueron esposados y metidos en los coches.

Raymond Jenner, sumido en un profundo sueño, a causa de la droga que le había sido inyectada por su abogado, fue trasladado al hospital en una ambulancia,, donde sería debidamente atendido.

Kevin Morris, Angela Erwin y Lorry Stevens decidieron pasar la noche en Jonesville. Por la mañana, visitarían a Raymond Jenner y hablarían con él. Tenían que contarle muchas cosas.

Tomaron habitaciones distintas, pero Kevin no tardó en acudir a la habitación de Angela, quien todavía no se había desvestido.

—¿Qué quieres, Kevin? —le preguntó ella.

—Pasar la noche contigo, Angela.

—Ni hablar.

—Si no me dejas dormir contigo, tendré que dormir con Lorry, porque estoy seguro de que ella acudirá a mi habitación. ¿Prefieres eso...?

Angela Erwin apretó los dientes.

—Tan chantajista como siempre.

—Y más enamorado que nunca.

—¿Qué?

Kevin la abarcó por la cintura y confesó:

—Te quiero, Angela. Y estoy dispuesto a casarme contigo, si tú me aceptas.

La muchacha boqueó, a causa de la sorpresa.

—¿Que tú...?

—Sí, Angela. ¿Qué me respondes?

—Que yo también te quiero. Kevin —confesó ella, echándole los brazos al cuello y besándolo en los labios apretadamente.

Kevin la estrechó con calor.

Minutos después, se encontraban los dos en la cama, haciendo el amor.

Luego se durmieron uno en brazos del otro.

Por la mañana, tal y como habían acordado, Kevin, Angela y Lorry fueron al hospital y hablaron con Raymond Jenner, quien ya se hallaba totalmente lúcido, aunque lógicamente debilitado por la droga que su organismo había tenido que soportar.

Después de ser informado de todo por Kevin. Angela y Lorry, Raymond Jenner dijo:

—Dennis O'Brien era una mala persona, ahora me doy cuenta. El es el responsable de todo. Lamento muchísimo las muertes de Celia Desmond, Robert Aldrich y Herman Odell, pero es algo que ya no tiene remedio. No

pienso nombrar más herederos. Todos mis bienes serán para ustedes tres, cuando yo muera. A partes guales. Sólo les pido que, de cuando en cuando, me hagan una visita. Me encantará hablar con ustedes.

Angela Erwin cogió la mano derecha del anciano

—Le visitaremos a menudo, señor Jenner. Se lo prometemos.

—Sí, también a nosotros nos encantará charlar con usted, señor Jenner —dijo Lorry Stevens, cogiendo cariñosamente la otra mano del anciano.

—Gracias, muchas gracias —sonrió Raymond Jenner, visiblemente emocionado.

—A usted, señor Jenner, por habernos nombrado sus herederos —repuso Kevin Morris—. Y no tenga ninguna prisa por morirse, ¿eh? Nosotros tampoco la tenemos para recibir la herencia.

Las palabras de Kevin hicieron reír al anciano.

También Angela y Lorry rieron.

Kevin, para no ser menos, unió su risa a la de ellos.

FIN